

CAPÍTULO IV

PRIMER NIVEL DE ANÁLISIS O EL MATERIAL COMO MARCADOR DE CRONOLOGÍAS, PROCEDENCIAS E INTERCAMBIOS

«Something as simple as the movement of an object thus needs to be heard and said and talked about, rather than simply seen. The circulation of objects, especially across the edges of societies, civilizations and trading regimes, is not merely a physical process but is also a movement and displacement of competing conceptions of things»

N. THOMAS, 1991, 123

En este capítulo centraré la atención en la cultura material como definidora de cronologías y con adscripciones de procedencias para pasar a caracterizar la interacción entre indígenas y fenicios desde la identificación de las actividades de intercambio. Esto ha sido objeto de especial atención desde los años 80 como muestra la abundante bibliografía sobre la expansión del «comercio fenicio», sus agentes de transporte, las rutas comerciales, los ritmos y, sobre todo, la definición del carácter del intercambio. La presencia de importaciones es determinante para entender la demanda, pero también qué se rechazaba y en qué contextos sucede todo ello de modo que atenderé, por ahora, las importaciones como referencias cronológicas del proceso estudiado y un elemento añadido a la dinámica de comportamiento de las sociedades indígenas. Ahora bien, el enfoque a las importaciones no significa que el resto del material vaya a ser despreciado. Otras cerámicas a torno y las cerámicas a mano también pueden ser tenidas en cuenta aunque con un protagonismo secundario para los propósitos de estas líneas. Sólo después de que los conjuntos materiales hayan sido analizados desde esta perspectiva, se puede pasar a exponer las formas que adquiere el encuentro cultural.

El capítulo queda estructurado en tres apartados. En el primero se tiene en cuenta la periodización de la presencia de las importaciones fenicias en los contextos de la costa oriental de la península Ibérica y se analiza el material fenicio como marcador cronológico, con los problemas de aplicación que ello, evidentemente, supone, y los diversos espacios implicados. En el segundo apartado me centro en los medios, es decir en aquellos condicionantes que posibilitaron la llegada de las importaciones: por un lado, se analizan las técnicas de navegación y la tecnología naval fenicia –carecemos de datos acerca de las técnicas indígenas– el marco de los condicionantes geográficos estructurales; y, por otro lado, me sirvo del material de importación para esbozar las diversas rutas de intercambio que siguieron esos productos y esos grupos, con sus variaciones diacrónicas. En el tercer apartado se integran todos los datos enfocando los intercambios como concepto clave en el que se expresan, a través de los objetos, las formas que adquieren los encuentros condicionados por las específicas situaciones locales.

IV.1. DE FASES Y FACIES: EN LOS LÍMITES DE LA PERIODIZACIÓN

El análisis del ritmo de aparición y amortización de las importaciones fenicias contribuye a centrar el factor tiempo de este estudio. Ya se ha señalado en otros lugares la dificultad de afinar las cronologías a partir de materiales importados, o mediante cerámicas a mano cuya sistematización cronotipológica apenas se ha esbozado. Las importaciones más abundantes en el área de estudio, las ánforas y las tinajas, ofrecen cronologías amplias. Por ejemplo, los tipos de ánforas fenicias que se localizan, 10.1.1.1. y 10.1.2.1., tienen cronologías que oscilan entre finales del s. VIII y el s. VII para las primeras y los ss. VII-VI para las segundas. Y las tinajas tampoco son elementos seguros de datación, pues ya se documentan en Chorreras en la segunda mitad del s. VIII. La llamada urna del tipo Cruz del Negro permite afinar un poco más las cronologías, pues en la península Ibérica se documenta en mayor medida a partir

de mediados del s. VII, aunque también puede hallarse en contextos más antiguos. Otros materiales de importación que afinen algo más las fechas son escasos y se circunscriben a contextos concretos.

A pesar de todo ello, las evidencias conjuntas de los contextos con cerámicas a mano y las importadas y su comparación con otras secuencias estratigráficas, tanto del sur peninsular como del área de estudio, definen una serie de fases. Se trata de una propuesta que reelabora, en parte, las propuestas para el área de la desembocadura del Ebro (Sanmartí *et al.*, 2000, 187; Gracia, 2000).

Las facies más antiguas (ss. VIII y VII)

Parece difícil mantener la existencia de una presencia fenicia generalizada antes de finales del s. VIII para la costa oriental peninsular pero, en cambio, sí hay evidencias de contactos puntuales. Hasta la década de los 90, se consideraba que la fachada mediterránea peninsular e Ibiza recibían los primeros contactos con el comercio fenicio en torno a mediados o la segunda mitad del s. VII, según se infería de las fechas que proporciona Diodoro de Sicilia para la fundación de Ibiza. Sin embargo, en los últimos diez años se ha comenzado a plantear la existencia de relaciones más antiguas, que podrían remontar a mediados del s. VIII, y que matizan el panorama establecido sobre las relaciones entre fenicios e indígenas en estas tierras. Pero, ¿en base a qué elementos se puede hablar de una frecuentación para estos momentos?

En un repaso de sur a norte, es imprescindible el conocimiento de las fases más antiguas del asentamiento de la Fonteta (fig. 75). Uno de los equipos que trabaja en el yacimiento ha señalado la existencia de una fase de ocupación a finales del s. VIII, aunque sin entrar en mayores detalles en el material arqueológico (Azuar *et al.*, 1998, 117), y por parte de otro equipo se ha propuesto un nivel de fundación (Fonteta I) que se fecharía a mediados del s. VIII en dataciones convencionales (750-720 a.C.) (González Prats, 1998; González Prats y Ruiz Segura, 2000). Por tanto estaríamos ante una de las fundaciones fenicias más antiguas de la península Ibérica, a excepción de Morro de Mezquitilla que se fecha en el 770 a.C. Sin embargo, este nivel de fundación se ha fechado de forma relativa al haber encontrado un nivel con materiales más antiguos a Fonteta II (720-670 a.C.) que, por el momento, no se especifican ni se señalan sus asociaciones. A partir de lo publicado, tan sólo se puede citar el hallazgo de un fragmento de borde de copa corintia tipo Thapsos perteneciente a la fase Fonteta IB-II. A pesar de la amplia cronología que su posición estratigráfica indica (entre 750-670), se puede mantener, como máximo, una cronología del último cuarto del s. VIII para la pieza (García Martín, 2000, 210) pero no así para el nivel de ocupación o de amortización.

Sin embargo, los platos de engobe rojo que fechan los niveles de Fonteta II presentan bordes que, según la sistematización de Schubart (1976), no corresponderían a momentos tan antiguos. ¿Es posible que tal propuesta sólo sea válida para los yacimientos del sur peninsular y no para otras áreas de presencia fenicia? La respuesta no es

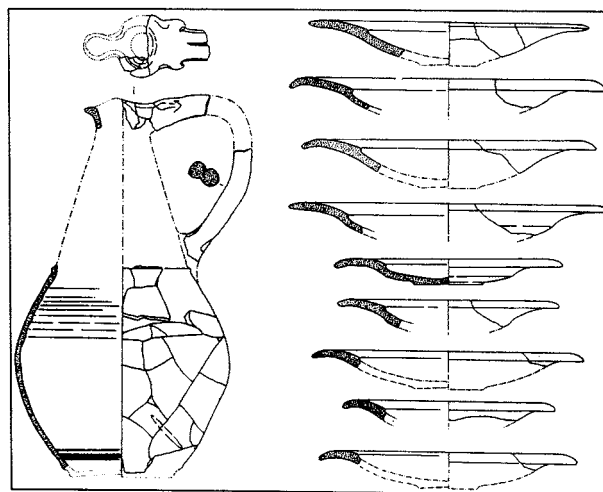


Figura 75. Materiales fenicios de Fonteta (según González Prats, 1998).

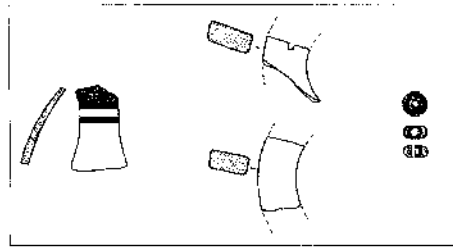


Figura 76. Algunos materiales fenicios de la fase I (850-700 a.C.) de Peña Negra (según González Prats, 1986).

categoría, habida cuenta que en los asentamientos atlánticos esta relación sí resulta válida, como demuestran los datos de Portugal (Mayet y Tavares da Silva, 2000, 37; Arruda, 2002) o los dados a conocer recientemente en Lixus (Álvarez *et al.*, 2001, 73). En todo caso, la solución a la cronología de Fonteta vendrá de la publicación exhaustiva de todos los materiales y la posibilidad de realizar dataciones seriadas –radiocarbónicas y tradicionales– que contrasten, confirmen o rechacen las cronologías propuestas.

En estrecha relación con los datos de Fonteta, se encuentra el núcleo de Peña Negra, y su necrópolis, les Moreres. En el horizonte Peña Negra I, a mediados del s. VIII, se identifica la presencia de las primeras importaciones de material fenicio, representadas por fragmentos de tinajas, vasijas del tipo Cruz del Negro, fragmentos de marfil, una fibula de doble resorte y cuentas de collar de pasta vítrea (fig. 76). Por otra parte, en la necrópolis de les Moreres las primeras importaciones fenicias se fechan a finales del s. IX y principios del VIII (González Prats, 2002, 376). Para ello se toman en consideración importaciones que corresponderían a la fase I de Peña Negra: el borde de un plato de engobe rojo, algunas cuentas de collar de pasta vítrea o las urnas del tipo Cruz del Negro. Además, González Prats también supone que la Fonteta ya se habría fundado antes de mediados del s. VIII, algo difícil de mantener en el estado actual del conocimiento.

En los Saladares también se documentan materiales fenicios fechados, al menos, hacia finales del s. VIII. Esta cronología se estableció hace más de veinte años, cuando se desconocían los datos actuales de la Fonteta y tan sólo se intuían los que proporcionaría Peña Negra, de modo que las dataciones relativas apuntadas en su día aún resultan válidas (Arteaga, 1982). Las primeras importaciones fenicias se documentan en la fase I-A3, fechada entre el 750 y el 725, y corresponden a ánforas del tipo 10.1.1.1. y a un plato hondo, de borde saliente muy estrecho y decorado con bandas de engobe rojo. A finales del s. VIII la tipología de las importaciones se diversifica, estando ahora representadas por ánforas (algunas pintadas), tinajas y trípodes.

En definitiva, parecen excesivamente altas las fechas de finales del s. IX o primera mitad del VIII para proponer la aparición de las primeras importaciones fenicias, sobre todo porque el criterio de datación es el que proporcionan las mismas importaciones en otros lugares. Por todo ello es necesario fijar lo máximo posible las cronologías de los momentos iniciales del asentamiento de la Fonteta que, con prudencia, prefiero mantener a finales del s. VIII. El hecho no es banal ya que implicaría que la instalación fenicia en la desembocadura del Segura dependió de desarrollos locales anteriores como los que ilustran las actividades metalúrgicas documentadas en los niveles finales de PN I que se han venido fechando en la segunda mitad del s. VIII. Suscribir estas ideas, en definitiva, lleva a aceptar la complejidad de un proceso de encuentro cultural que estaría marcado, en gran medida, por fenómenos de control indígena en un territorio que se articulaba en estos términos. Volveré sobre estas cuestiones con mayor amplitud en la tercera parte del trabajo.

Las evidencias de importaciones fenicias tan antiguas no se limitan sólo al sur alicantino. Al norte, en el curso inferior del río Ebro, también se han detectado algunos puntos donde las primeras importaciones fenicias podrían fecharse a finales del s. VIII o principios del s. VII, por su asociación a cerámicas de los tipos de Campos de Urnas antiguos. En el yacimiento del Barranc de Gàfols, estos materiales son ánforas fenicias procedentes de la zona del Estrecho de Gibraltar con una presencia numérica mínima, el 2 % sobre el total cerámico (Sanmartí *et al.*, 2000).

Ramon también defiende que el hallazgo de ánforas del tipo 10.1.1.1. en algunos núcleos de la fachada mediterránea peninsular estaría indicando una fase anterior a la de mediados del s. VII, y lo vincula a la fundación de sa Caleta, que fecha en el s. VIII. Los materiales que le llevan a estas conclusiones son hallazgos sin contexto de dos tipos anfóricos ‘antiguos’: el sudpeninsular 10.1.1.1. y los de producción centromediterránea 3.1.1.1. / 3.1.1.2. (fig.

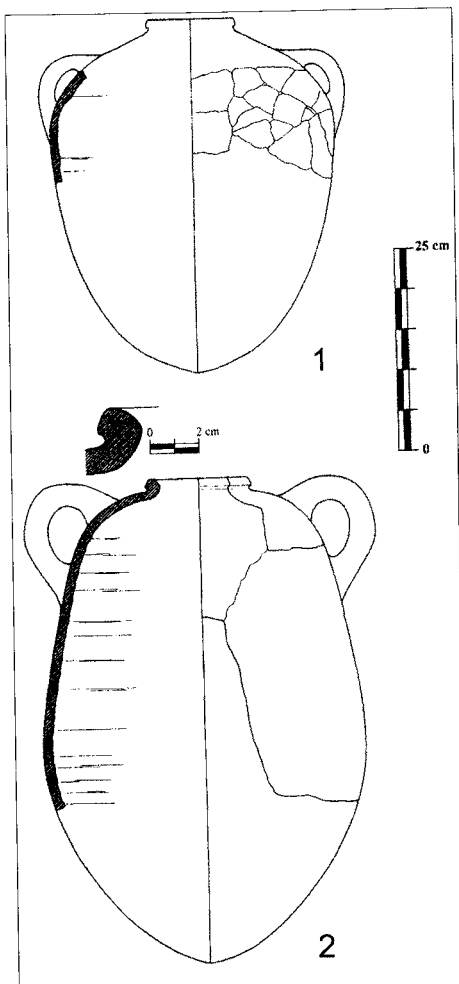


Figura 77. Ánforas 3.1.1.1. (1) y 2.1.1.2. (2) halladas en sa Caleta (según Ramon, 1999).

77: 1). A la luz de estos datos, las relaciones entre la isla de Ibiza y las costas orientales peninsulares a través de los grupos fenicios habrían tenido lugar desde el s. VIII. Además serían relaciones estrechas y bidireccionales, pues identifica en Ibiza ollas realizadas a mano –con perfiles en S y decoración mediante cordones incisos– procedentes del área catalana o valenciana (Ramon, 1994-96, 408). Mantener unas dataciones tan antiguas, y tan excepcionales por otra parte, en base a unos pocos fragmentos anfóricos sin estratigrafía es, cuanto menos, arriesgado, dado que estas mismas ánforas presentan unas fechas más amplias que alcanzan con seguridad la primera mitad del s. VII (Ramon, 1995, 182 y 230; Ramon, 2000, 282), y que no pueden ser ignoradas en el discurso cronológico.

El análisis más detallado del panorama ebusitano ofrece una perspectiva de valoración global con la costa oriental peninsular que hay que incorporar en el discurso. En los años 80 se comenzó a valorar esta presencia desde el estudio de nuevas actuaciones arqueológicas (Ramon, 1981, 1991 y 1994; Gómez Bellard, 1984 y 1991a; Gómez Bellard *et al.*, 1990) que llevaron a la identificación de un periodo fenicio arcaico con, al menos, dos asentamientos en la isla, uno en sa Caleta y el otro en la bahía de Ibiza. En la bahía de Ibiza, el núcleo urbano actual ha condicionado el desarrollo de las labores de campo arqueológicas; debido a ello, en gran medida, se desconocen las estructuras de hábitat o portuarias. Sin embargo, en la necrópolis, localizada en el Puig des Molins, se han desarrollado algunos proyectos de investigación vinculados a intervenciones arqueológicas de urgencia. No es este el lugar para hacer un repaso de los trabajos realizados en la necrópolis ibicenca, cuestión suficientemente tratada en otros sitios (Fernández, 1986; Gómez Bellard *et al.*, 1990). Baste señalar que en algunos puntos, como en Can Par-

tit (Costa, 1991), la documentación llena el vacío cronológico entre las fechas que proporcionan los textos clásicos para la presencia fenicia en Ibiza –654/653 a.C.– y la datación de la mayoría de piezas conocidas hasta los años 80, que no era más antigua que mediados del s. vi. Entre las estructuras arcaicas, todas de incineración, encontramos tanto pequeñas cavidades en la roca como fosas excavadas, de variada tipología y coexistentes en el tiempo pero cuyo origen se puede adscribir a los grupos fenicios del sur peninsular.

Gómez Bellard ha propuesto que en la bahía de Ibiza habría una fundación fenicia desde la segunda mitad del s. vii (Gómez Bellard *et al.*, 1990, 177) en base al estudio del material más antiguo de la necrópolis que, desgraciadamente, corresponde a rellenos modernos en algunos hipogeos del Puig des Molins (el llamado conjunto PM NE-83). Estas piezas serían procedentes de un área de carácter industrial o de hábitat, cercano al lugar del hallazgo y acarreadas allí con ocasión de movimientos de tierras posteriores. En todo caso, para este autor, el asentamiento fenicio de Ibiza tendría lugar en torno al *Puig de Vila*, que es la zona más protegida de toda la bahía, donde se hallarían estructuras portuarias y un núcleo de hábitat que uniría ambos puntos y se extendería hasta la punta Tur Esquerrer, al sur del *Dalt Vila*. Sin embargo, Ramon no comparte las dataciones de la segunda mitad del s. vii para los conjuntos arcaicos del Puig des Molins, fechándolos en cambio a partir de principios o mediados del s. vi, como fechas más altas, y remarcando que las formas del material hallado corresponderían a producciones realizadas en la misma Ibiza, por tanto «protoeubusitanas» y no sudpeninsulares (Ramon, 1994, 352; Idem, 1994-96, 413; y de nuevo en contra cf. Gómez Bellard, 2000a, nota 17).

En cambio para sa Caleta, en la costa sur-sudoeste de la isla, se mantiene la fecha fundacional del s. vii (Ramon, 1991; Idem, 1994, 365). Aquí el emplazamiento es una pequeña península separada del resto de la isla por un torrente y con visión directa con la actual ciudad de Ibiza, de la que dista 9 ó 10 km en línea recta. El urbanismo se modula mediante unidades de habitación yuxtapuestas y en conjuntos diferenciados con distribución a través de plazoletas o pequeñas calles. La compartimentación del espacio interno de las casas se documenta en casi todas las estancias, pero con una enorme variedad en los modos y en el tiempo. Así, en la primera ocupación encontramos espacios unicelulares o bicelulares que, con el paso del tiempo, se van compartimentando de modo desigual en cada uno de los espacios documentados, ya que unos ven reducido el espacio de uso, y otros, en cambio, lo doblan o triplican.

No me entretendré en señalar todos los hallazgos muebles que se han realizado. Basta recordar que aparecen las piezas típicas de los asentamientos fenicios del Extremo Occidente procedentes de los talleres alfareros del sur de la península Ibérica, por lo que se identifica esta zona como la procedencia de los grupos de colonos. Destaca el hallazgo de un elevado número de nódulos de galena argentífera, y la constatación, en uno de los departamentos, de un horno de fundición de hierro. Para la galena, Ramon propone su obtención de las minas de s'Argentera, en el extremo noroeste de la isla, o bien de algún punto indeterminado de la fachada mediterránea peninsular (Ramon, 1991, 183). Lo más destacable para los propósitos de este capítulo es que la cronología del asentamiento se sitúa entre la segunda mitad del s. vii y el primer cuarto del s. vi. Su corta ocupación podría ponerse en relación con las características «improvisadas» en el urbanismo, que estarían reflejando la llegada de oleadas poblacionales que implicarían la continua reestructuración de las estancias. El registro arqueológico es muy revelador por lo que respecta al abandono del lugar ya que se produciría de forma pacífica y en un espacio de tiempo muy corto.

Tras este *excursus* vuelvo a las consideraciones cronológicas de la fase arcaica entre el Ebro y el Segura. A pesar de que las evidencias materiales son pocas se pueden defender los primeros contactos con los comerciantes fenicios a finales del s. viii o las primeras décadas del s. vii. Los argumentos vienen, fundamentalmente, de las cronologías comparadas con establecimientos del sur peninsular sin llegar a mantener, no obstante, una cronología similar a las fases más antiguas de Morro de Mezquitilla o Chorreras. En todo caso, dos zonas se muestran especialmente dinámicas desde los primeros momentos, zonas que luego alcanzarán un protagonismo creciente: la desembocadura del Segura y la del Ebro además, por supuesto, de Ibiza.

Todo ello, a mi entender, podría modificar sustancialmente las interpretaciones sobre la naturaleza y los tiempos de la presencia fenicia en la fachada oriental de la península Ibérica. Por el momento son datos numéricamente muy poco relevantes pero permiten plantear varias hipótesis. La más evidente desde el punto de vista cronológico es que esta zona entra en contacto con la órbita fenicia a finales del s. viii o, para ser cautos, a principios del s. vii. Ello se produce en relación con la fundación de algunos asentamientos permanentes en la estructura colonial fenicia: la Fonteta con toda seguridad y, posiblemente, Ibiza. Estas fundaciones se deben vincular a la dinámica expansiva fenicia desde el sur peninsular (sobre ello remito al apartado siguiente de este mismo capítulo) que canalizaría productos identificados sólo en algunos asentamientos indígenas, hoy constatados, al menos, en Barranc de Gàfols, Peña Negra o Saladares. En Ibiza las evidencias resultan más forzadas para defender la instalación a fi-

nales del s. VIII por las razones expuestas más arriba. Así, lo más relevante es que los materiales más antiguos de la costa oriental peninsular quizás no encuentren sus referentes en Ibiza sino en Fonteta.

En definitiva, me decanto por proponer que a partir la segunda mitad del s. VIII, o –con mayor seguridad– a principios del s. VII, se establecen los primeros contactos entre los grupos fenicios e indígenas en la fachada mediterránea peninsular en el marco estructural que supone la fundación de asentamientos coloniales sudpeninsulares o, al menos, de reconocimiento de la zona y sus recursos. Los núcleos que entran en contacto con los grupos fenicios corresponden a aquéllos que, desde el Bronce Final, controlan el territorio local y están conectados con las redes regionales de intercambio (Aubet, 1994). En el entorno de la desembocadura del Ebro estos fenómenos están representados por la denominada *facies Gàfols I*. Su panorama material se caracteriza por la presencia de pocas importaciones fenicias que corresponden, en su totalidad, a las producciones malagueñas (Sanmartí *et al.*, 2000, 187).

La facies del s. VII

A partir de mediados del s. VII con toda seguridad se detectan las evidencias del comercio fenicio en la fachada mediterránea peninsular. Ahora se asiste a la intensificación de las importaciones fenicias, no sólo en un sentido numérico sino también geográfico. Se ha planteado que habría sido debida al aumento demográfico y a la expansión económica en los asentamientos sudpeninsulares, llevando a los grupos fenicios a la búsqueda de nuevas fuentes de aprovisionamiento.

Me pregunto hasta qué punto se puede identificar una intensificación en la importación de producciones fenicias a partir de mediados del s. VII, si las evidencias cronológicas son prácticamente las mismas que para el periodo anterior. Es decir, ¿por qué algunos elementos cerámicos sin fechas bien definidas se adscriben sistemáticamente a esos momentos? Por ello conviene ser precisos con las dataciones. Los elementos materiales anfóricos y las tinajas son las importaciones más abundantes en el registro pero definen poco la cronología. Sin embargo, la fecha de mediados del s. VII puede ser bien establecida a partir de otras referencias: los criterios cronotipológicos de las cerámicas fenicias y la propia evolución interna en el mundo colonial.



Figura 78. Vaso del tipo Cruz del Negro. Museo Arqueológico de Sevilla.

Así, por un lado, junto a los condicionantes estructurales algunos objetos sí fechan con relativa precisión. Una de las piezas características del s. VII es la llamada urna del tipo Cruz del Negro (fig. 78) aunque se documenta en contextos un poco más antiguos, e incluso a principios del s. VI. También son característicos los cuencos de engobe rojo carenados, tanto los de borde exvasado como los de labio vertical o ligeramente inclinado hacia el interior. Los primeros tienen el auge de su producción y distribución en el s. VII aunque, evidentemente, hay fechas más amplias (Ramon, 1999, 172). Los segundos aparecen en las tipologías de la cerámica occidental fenicia ya a finales del s. VIII –por ejemplo están presentes en el Castillo de Doña Blanca y en Lixus– pero adquieren máxima difusión a lo largo del s. VII.

Por otro lado, hay que tener en cuenta la propia evolución socioeconómica de los asentamientos del sur de la península Ibérica ya que van a impulsar los intercambios con la costa oriental peninsular. En efecto, el gran volumen de importaciones procede del sur peninsular –pastas malagueñas– y, por tanto, el estudio de esta zona permite afinar los tiempos del proceso de expansión comercial. El registro arqueológico revela un momento de expansión de las actividades económicas en las colonias a partir de la primera mitad del s. VII. Otros investigadores han propuesto que ahora los fenicios diversifican las actividades de intercambio, inicialmente encaminadas a las zonas meridionales de la península, alcanzando áreas atlánticas o toda la costa norte de la fachada mediterránea peninsular (Aubet, 1994); áreas en las que, precisamente, hay evidencias de contactos anteriores.

Los asentamientos alcanzados por este comercio son abundantísimos. Desde la costa hasta el interior, y en relación con las cuencas fluviales, las importaciones llegan a todo el territorio en estudio, aunque no se pueden afinar sus ritmos de llegada. La mayor parte son productos importados desde los asentamientos del sur peninsular, aunque una probable producción en otros centros (¿Fonteta?; ¿quizás Ibiza?) también queda abierta. Vinculada a la expansión del comercio fenicio, se documenta una producción alfarera de tipología fenicia en la zona del valle del Vinalopó, proponiéndose los asentamientos de Peña Negra (González Prats, 1986) y de Sierra de Camara (Poveda, 2000, 1865) como los emplazamientos de estas producciones. En la parte tercera profundizaré en estas interpretaciones desde otros puntos de vista.

Estos rasgos marcan, pues, el segundo momento en los ritmos de interacción que en el área catalana ha sido definida acertadamente como *facies Aldovesta* (650-625). Digo acertadamente porque uno de los fenómenos socioeconómicos más relevantes y característicos de este momento es la existencia de concentraciones de ánforas fenicias en algunos espacios, entre los cuales el yacimiento de Aldovesta es especialmente paradigmático. La identificación de este fenómeno no se reduce tan solo a un ejemplo sino que se dan otros casos en el entorno de la desembocadura del Ebro y en la costa de la actual provincia de Castellón.

Los investigadores catalanes distinguen a partir de finales del s. VII y principios del s. VI una tercera facies, denominada *facies Moleta del Remei* y en la que se incluye también el citado yacimiento de Sant Jaume u otros como la Ferradura.³⁴ Efectivamente las cronologías de la fase inicial de la Moleta del Remei son ligeramente posteriores a las de, por ejemplo, Aldovesta pero me pregunto hasta qué punto se pueden diferenciar dos facies en dos yacimientos que comparten características estructurales similares, como es el fenómeno de acumulación de importaciones, en unos márgenes cronológicos muy cortos. Los únicos objetos que permiten definir esas diferencias son algunas piezas de *bucchero* etrusco asociadas a materiales fenicios. Este paquete de importaciones corresponde a la facies material del nivel de abandono del Cerro del Villar (estrato II) fechado en torno al primer cuarto del s. VI (Aubet *et al.*, 1999, 93), aunque en el asentamiento malagueño están presentes las copas jónicas que, hoy en día, se desconocen en los primeros.

Las diferencias de facies materiales en los yacimientos catalanes pueden deberse a que se trate de dos asentamientos con funcionalidades y entidades diferentes en el entorno, siendo posible que en uno de ellos –Aldovesta– se seleccionaran las importaciones bajo otros parámetros y a partir de otros valores respecto a los de la costa. Así, en Aldovesta hay, casi únicamente, ánforas fenicias mientras que en la Moleta o Sant Jaume hay, además, algunos ejemplares de *bucchero* etrusco y piezas de tipología fenicia, como algunos trípodas o tinajas, pero de pastas no malagueñas. Finalmente, el hecho de que esta facies está marcada por la presencia de las ánforas centromediterráneas del tipo 2.1.1.2. (fig. 77: 2), presentes tanto en Aldovesta como en la Moleta del Remei, permite defender que estamos ante facies asimilables a un mismo periodo, aunque algunos yacimientos hayan deparado materiales ligeramente más modernos.

34. La denominación de 'facies Moleta del Remei' y 'facies Sant Jaume' indistintamente por parte de unos y otros (Sanmartí *et al.*, 2000; Gracia, 2000) es significativa de la homogeneidad del panorama.

Si ampliamos la escala de análisis se advierte que las importaciones fenicias localizadas al norte del Ebro corresponden a esta misma dinámica comercial en sus mecanismos aunque con posibles matizaciones regionales. Así, en las costas del Languedoc, tanto las importaciones como sus imitaciones parecen concentrarse en los grandes núcleos vinculados a las vías fluviales, como es el caso de Mailhac o Agde. Lo ilustran algunas piezas realizadas a mano que imitan prototipos de vasos fenicios, como las urnas del tipo Cruz del Negro (Jully, 1975; Arteaga *et al.*, 1986, 305; Aubet, 1993, 30). En el Ampurdán, destacan las tumbas de Agullana y Anglès en contextos fechados en la segunda mitad del s. VII o a finales de esta misma centuria. En el primer caso (fig. 79), en la tumba número 184 se documentaron cuatro vasos a mano que imitan los tipos de la Cruz del Negro (de Palol, 1958). Y, en el segundo, en la tumba 9 de la necrópolis de Anglès hay una urna del tipo Cruz del Negro y una tinaja de producción fenicia (Pons y Pautreau, 1994). En Sant Martí d'Empúries (Castanyer *et al.*, 1999) se constata la llegada de ánforas fenicias de importación del sur peninsular en los niveles del Hierro Antiguo. Poco después aparecen las producciones anfóricas denominadas «protoibéricas», imitaciones de aquéllas pero con una pasta diferente, quizás local (ibídem, 171 y ss.). A escasos centenares de metros de Sant Martí d'Empúries, en la colina de Vilanera, se viene excavando en los últimos años una necrópolis de incineración fechada durante el Bronce Final y el Hierro Antiguo. Entre los conjuntos funerarios hay algunos con importaciones fenicias –tinajas y urnas del tipo Cruz del Negro y derivados, botellas de aceite perfumado y, como novedad, un huevo de avestruz con decoración incisa y pintada– e imitaciones locales (Santos, 2003, 105). Algo más al sur, en la Illa d'en Reixach (Ullastret) se documentan importaciones fenicias, fragmentos de ánforas del tipo 10.1.0.0., antes de la llegada de las griegas (Martín y Sanmartí-Grego, 1976-78, 436). Ya, por último, en el Penedés y el Garraf, se han identificado ánforas 10.1.0.0. y tinajas fenicias (Miró, 1989, 23; Alaminos *et al.*, 1991, 279; Asensio *et al.*, 2000, 255).

Más hacia el sur los hallazgos de este periodo son también especialmente numerosos. En la actual provincia de Castellón corresponde a los momentos iniciales de los asentamientos del Puig de la Nau, el Torrelló o Vinarra-

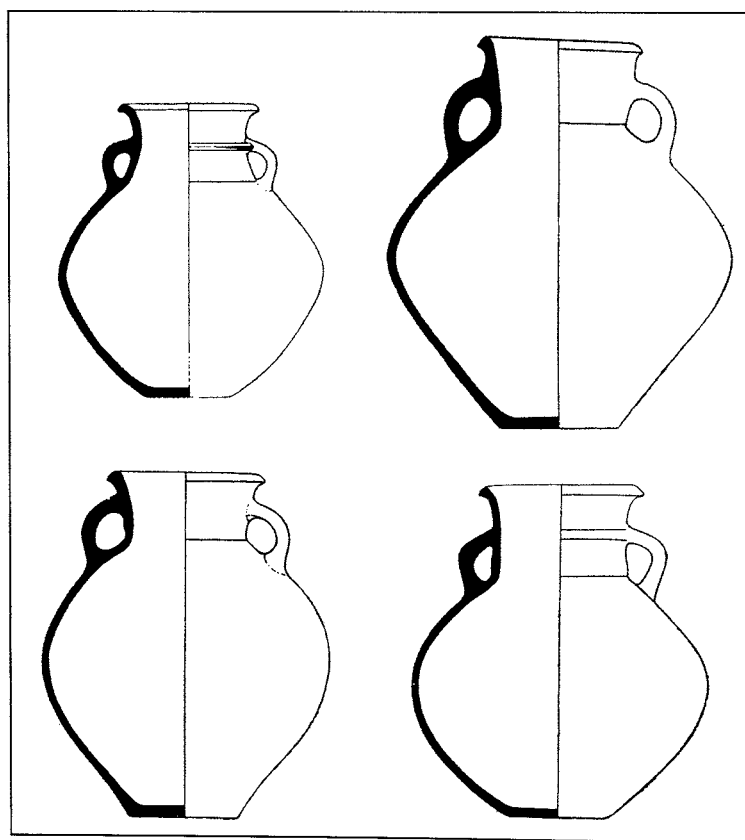


Figura 79. Tumba 184 de Agullana: imitaciones a mano de vasos del tipo Cruz del Negro (según de Palol, 1958).

gell, todos con materiales similares a los vistos hasta ahora, e incluso alguno (Torrelló del Boverot) que comparte rasgos como la acumulación de ánforas en espacios determinados. En Valencia destaca los Villares y puntos aislados como los enterramientos de incineración de Lliria. Y en Alicante no podemos dejar de citar la facies material definida en el Alt de Benimaquia, con cronología centrada entre finales del s. VII y principios del s. VI, o las evidencias en los valles del Vinalopó y Segura, con los ejemplos bien conocidos de la fase II de Peña Negra, el Monastil o Saladares.

La facies del s. VI

A partir de la primera mitad del s. VI comienzan a disminuir las importaciones fenicias y, además, también se documenta el abandono de numerosos asentamientos que recibieron materiales fenicios. Constituye la llamada *facies Gafols 2* caracterizada, de nuevo, en base al panorama de importaciones en el entorno del Ebro y que presenta significativas diferencias en términos relativos respecto a las etapas precedentes y siguientes. Ahora se aprecia mayor diversidad de importaciones, pero no especialmente una mayor presencia cuantitativa de ellas.

Sin embargo, hay un significativo descenso de los materiales de procedencia malagueña y, a la vez, una aparición progresiva de objetos de procedencia indeterminada que la investigación ha definido como las primeras producciones ibéricas. Se fechan en la primera mitad del s. VI para las tierras del sur y del sudeste peninsular, por lo que su ausencia de los registros es un indicativo cronológico de cierta utilidad, aunque limitada. Pero también respecto al periodo siguiente hay diferencias ya que a partir de mediados del s. VI se detecta una mayor variedad de tipos y procedencias entre las importaciones, debido, entre otros, a la aparición de materiales griegos.

El fin de las actividades de intercambio fenicias en la costa oriental peninsular se ha relacionado con acontecimientos internos en las colonias sudpeninsulares porque los grupos fenicios eran los principales suministradores de tales importaciones. Pero a la vez se debe prestar atención a una lectura en clave local en la que también se tenga en cuenta el concurso de los grupos indígenas. Tradicionalmente se ha situado en los años centrales del s. VI el tránsito entre el horizonte fenicio y el horizonte púnico a partir del acontecimiento histórico desencadenante que fue la caída de Tiro en el 573 a.C., y el auge de Cartago en el Mediterráneo occidental. Además, la crisis del mundo tartésico ante la disminución de demanda asiria de plata y la consiguiente irrupción del comercio focense en Huelva, se han señalado como fenómenos que contribuyeron al fin de un sistema comercial.

Tales interpretaciones, en boga durante la década de los años 70 y 80, han comenzado a ser cuestionadas. En primer lugar se ha matizado la diferenciación entre una etapa fenicia y otra púnica en el ámbito sudpeninsular ya que tal división responde a razones terminológicas y conceptuales. Se ha señalado que la base social de los grupos fenicios no fue sustituida con otros contingentes humanos sino que se trató, más bien, de una transformación interna (López Castro, 1994) y en la que, además, los fenómenos coloniales cartagineses no desarrollaron tanto protagonismo como en el Mediterráneo central. Pero pasar de fenicio a púnico es mucho más que un cambio de nombre y hay que entenderlo en términos de cambio local.

El término «crisis» tampoco es muy afortunado, pues el abandono de algunos yacimientos fenicios sudpeninsulares coincide con una etapa de expansión de las actividades urbanísticas y económicas, en pleno auge de la producción y de los intercambios mediterráneos. Buena muestra de ello es el hallazgo del taller alfarero en el Corte 5 del Cerro del Villar, abandonado pacíficamente en el primer cuarto del s. VI, y que evidencia el funcionamiento de ciertos sectores económicos relacionados con las actividades alfareras como, por ejemplo, la producción de alimentos (Aubert *et al.*, 1999, 93). La documentación del Cerro del Villar no es una excepción porque en Toscanos, para este periodo, se ha documentado una ampliación urbanística considerable y construcciones portuarias adyacentes. Es el momento también de la construcción de un sistema defensivo en el vecino cerro Alarcón, a principios del s. VI y su refortificación poco tiempo después (Schubart, 2002, 133) (fig. 80). También se ha observado la readaptación de los asentamientos fenicios a nuevas coyunturas políticas y económicas traducida en un cambio de estrategias que afectan a los intercambios. Esa es la línea que siguen otros autores, al tener en cuenta que los asentamientos coloniales en Occidente ya no tendrían una relación socioeconómica estrecha con Oriente, sino que mantendrían una cierta autonomía como ilustra la escasez de productos orientales en Occidente y el rápido inicio de producciones occidentales con circuitos de intercambio propios (Delgado *et al.*, 2000, 1782).

En general, todas las regiones fenicias del Extremo Occidente evolucionan de modo propio a causa de su posición geopolítica. En la costa malagueña se produce una concentración de la población en pocos centros que devienen importantes ciudades púnicas, como puede ser Málaga (Aubert, 1994, 295; Gran Aymerich, 1991). En el entorno de Cádiz los cambios adquieren formas diversas ya que la concentración económica parece responder a

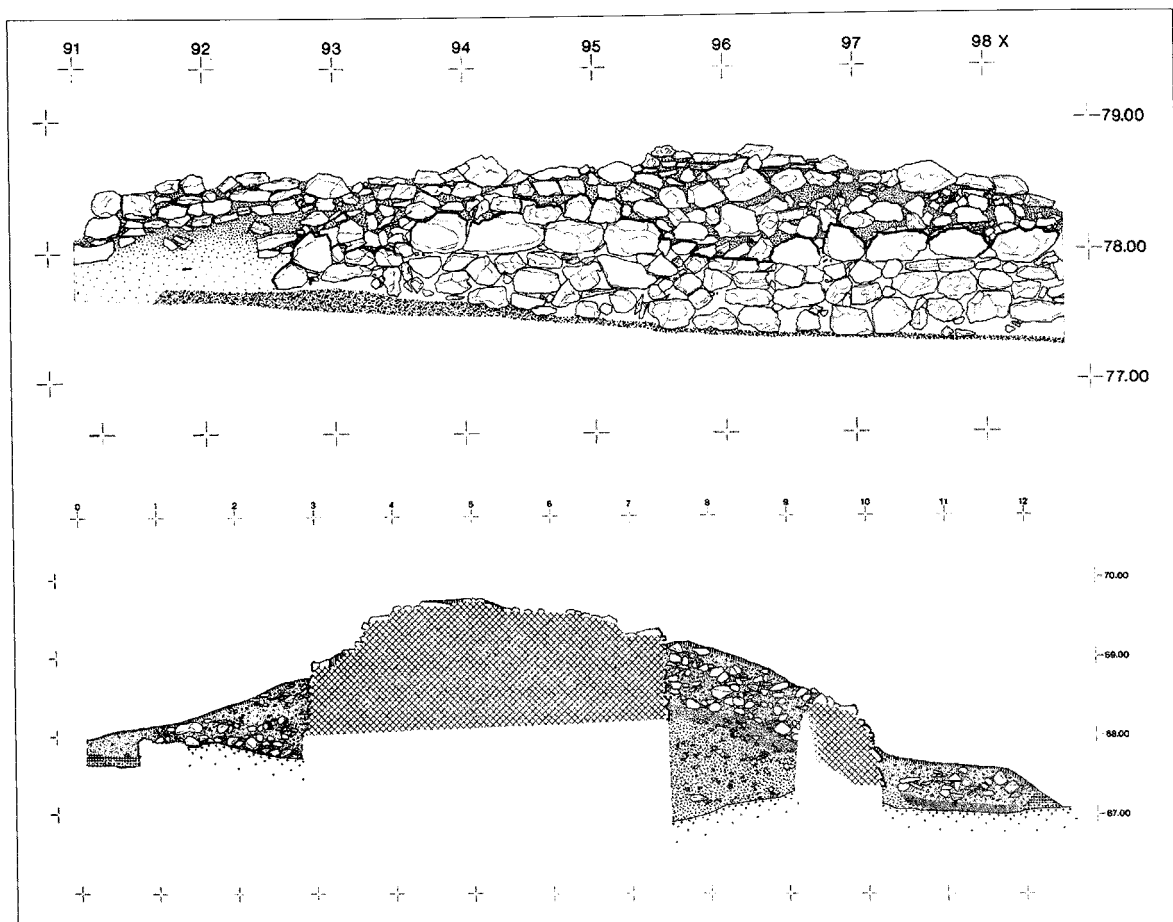


Figura 80. Muralla de Alarcón en su sector occidental (según Schubart, 2002).

una dinámica interna propia. En definitiva, se ha detectado una reestructuración económica de los centros fenicios e indígenas en el s. VI, lo cual se traduce en la intensificación de la producción, principalmente bienes alimenticios, y su comercio reflejado, por ejemplo, en el taller alfarero del Cerro del Villar (Aubet *et al.*, 1999).

En la isla de Ibiza, los nuevos tiempos ven la conversión de la ciudad de Ibiza en un núcleo que experimenta un crecimiento urbano y económico excepcional. Los cambios más significativos –o, al menos, los más evidentes– proceden de la necrópolis del Puig des Molins: a partir de este periodo el rito de la incineración en hoyos o fosas es sustituido por el de la inhumación en hipogeos. Por otra parte, se constata la existencia de santuarios de cultos religiosos nuevos, como los de Illa Plana, con materiales tipológicamente próximos a los de algunos rituales centromediterráneos, especialmente sardos o cartagineses. Las transformaciones económicas son evidentes dado el surgimiento de una producción de ánforas que revela una actividad agrícola excedentaria en la isla. En este panorama los contactos con la fachada mediterránea peninsular nunca se verán interrumpidos, lo cual habla en favor de la capacidad de ciertos núcleos fenicios para reorganizar sus estrategias en el s. VI (Gómez Bellard *et al.*, 1990, 183-185). La consolidación del papel de algunas ciudades como Ibiza y los procesos internos en el sur peninsular, junto a la fundación de Ampurias, pudo haber provocado una reestructuración de las redes de distribución. Se asiste ahora a la formación de nuevas estrategias comerciales, entre las que se propone una ‘regionalización’ de los intercambios protagonizada en el extremo occidental por Ibiza, Ampurias y Cádiz.

Las consecuencias del cese de estas actividades comerciales en algunos centros indígenas de la fachada mediterránea peninsular, como ya he indicado, serán variadas. En algunos núcleos se detectan abandonos, cuando no destrucciones violentas como los de la zona de la desembocadura del río Sénia –Moleta del Remei, la Ferradura, la Cogula, Sant Jaume– u otros del curso del Ebro –Aldovesta–, lo cual está indicando la profunda implicación de es-

tos núcleos en las redes comerciales. Por otra parte, en el área meridional las consecuencias de esta nueva coyuntura reflejan, de nuevo, procesos extremadamente diversos ya que existen grandes centros, como Peña Negra o Fonteta, que son abandonados junto a otros que presentan continuidad, como los Saladares. Ahora bien, la explicación de tales evidencias de destrucción no sólo deben vincularse al fin de las actividades fenicias de intercambio. El hecho de que asentamientos con una aparente dependencia de esas importaciones no se destruyan muestra que no todos generaron las mismas dinámicas antes las actividades de intercambio ni ante un nuevo marco de relaciones y que, por tanto, la explicación del proceso histórico debe buscarse en el ámbito local. En la tercera parte volveré sobre estas cuestiones.

IV.2. DE NAVES Y RUTAS: CIRCULACIÓN DE PRODUCTOS MEDITERRÁNEOS

La identificación de cerámicas fenicias no puede desligarse de las actividades de intercambio desencadenadas a partir de estos encuentros culturales. Sin embargo, cuando se habla de intercambio entre los ss. VIII-VI no hay que pensar en la llegada de barcos con cargamentos homogéneos sino que, al contrario, se pueden identificar rutas de navegación y movimientos de productos de áreas concretas y con diferentes ritmos. En este apartado trataré estos aspectos precedidos de una síntesis de los condicionantes técnicos de la navegación en los ss. VIII-VI ya que, en última instancia, ésta proporcionó los medios (de transporte) para tales encuentros.

Condicionantes técnicos de los encuentros: el mar, los barcos y la navegación

Los fenómenos de intercambio que analizo son, principalmente, marítimos. El mar separa territorios pero, al mismo tiempo, los une. En este estudio hay que pensar en el mar, ante todo, como una estructura que posibilita las conexiones entre áreas más o menos distantes. Ahora bien, las rutas marítimas en la Antigüedad son dependientes de algunos condicionantes técnicos relacionados con la navegación a vela. Así, mientras que las corrientes en el Mediterráneo son muy débiles, el conocimiento de los vientos, en cambio, es fundamental para este tipo de navegación. A partir de las representaciones iconográficas y de algunas someras descripciones de autores clásicos se ha podido determinar el aspecto de los buques mercantes fenicios que realizaron estas navegaciones (Guerrero, 1993; Díes, 1994b) (fig. 81).

Se ha propuesto que éste sería un barco robusto de tamaño variable y construido a partir del ensamblaje de cuadernas y con quilla. Tales embarcaciones utilizaban la propulsión a vela mientras que los remos serían elementos de apoyo en determinadas maniobras concretas, de aproximación o necesidad extrema. El mástil armaba una vela cuadrada, que es el elemento esencial para comprender los aspectos técnicos de la navegación en la Antigüedad. La vela cuadrada permite aprovechar muy bien los vientos de popa pero, a diferencia de la vela latina o triangular, presenta dificultades para navegar con vientos que soplen más a proa de la perpendicular que forma el más-

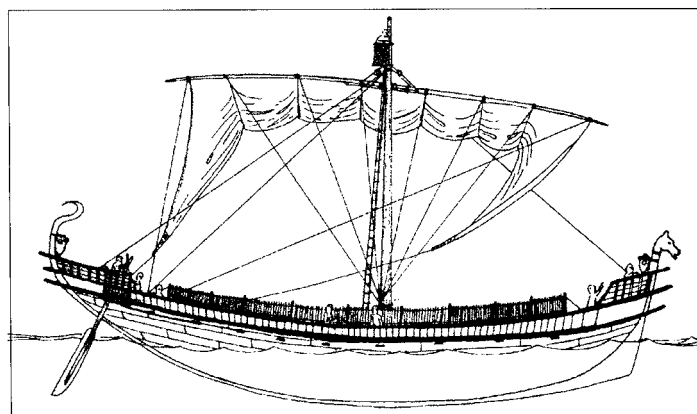


Figura 81. Restitución hipotética de un barco fenicio (según Díes, 1994b).

til con el casco. Finalmente, la gobernabilidad de la nave se aseguraba mediante dos remos en popa dispuestos de forma oblicua.

Las rutas de navegación a examinar son las que afectan a la costa oriental peninsular, en dirección sur-norte, este-oeste y viceversa. En los trayectos marítimos desde el sur peninsular hacia las desembocaduras del Ebro o hacia el golfo de León convenía realizar una navegación de cabotaje hasta el cabo de San Antonio y luego Ibiza, de modo que se ganara la costa en el entorno de la desembocadura del Mijares viniendo desde la isla; y al contrario sucede lo mismo: para navegar hacia el sur siguiendo la costa se debe alcanzar la isla de Ibiza desde este punto (Díes, 1994b, 333) (fig. 82).

Todo lo descrito son cuestiones técnicas de navegación o, en otras palabras, rutas condicionadas a los regímenes de vientos y, en menor medida, de corrientes. Por este motivo, no explican por sí mismas las evidencias arqueológicas ya que, en contra de todos los condicionantes, los materiales manifiestan que se puede alcanzar cualquier punto de la costa si así se propone. Por ejemplo, mucho se ha escrito acerca de la importancia estratégica de Ibiza en las rutas de navegación de la Antigüedad. En efecto, es punto de paso en las dos rutas principales en el Mediterráneo occidental, la que va de este a oeste y la que sigue en curso oriental de la península Ibérica (Ruiz de Arbulo, 1990; Gómez Bellard *et al.*, 1990; Guerrero, 1993; Díes, 1994b) pero no determina, de ningún modo, las navegaciones en la fachada mediterránea peninsular. Así, sin quitar relevancia a las rutas, es evidente que la llegada a un punto para emprender actividades de intercambio está determinada, principalmente, por aspectos relacionados con intereses sociopolíticos o socioeconómicos. Ello lo demuestra el hallazgo de materiales fenicios en zonas, en teoría, no aptas para la navegación como es el área entre el cabo de San Antonio y la desembocadura del Mijares.

Esto no supone negar la importancia de las rutas que marcan los derroteros, sólo matiza el determinismo en el que se puede incurrir si se toman como condicionantes únicos y rígidos. En otras palabras, las derrotas no explican la presencia de navegantes fenicios en un área más que en otra sino que esta presencia, e incluso estas rutas, se deben a intereses económicos o sociopolíticos, tanto de indígenas como de fenicios. Por ejemplo, la presencia de material fenicio en Vinarragell o Torrelló del Boverot se ha querido relacionar con un punto de referencia en la ruta Ibiza-desembocadura del Ebro (Díes, 1994b, 334); ahora bien, sin un componente indígena que admita esas importaciones o que haga posible su presencia ello no sería posible. A este componente indígena, y no sólo a meras rutas de navegación, es al que hay que poner atención para explicar las importaciones fenicias. Y lo mis-

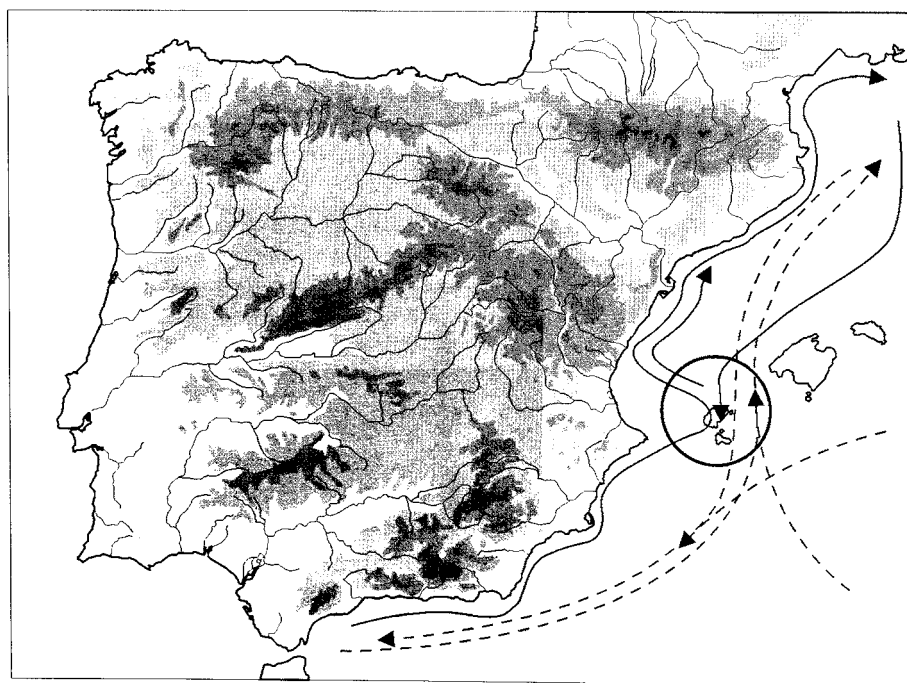


Figura 82. Rutas de navegación entre el Estrecho de Gibraltar y el golfo de León aconsejadas a partir de las indicaciones de los derroteros. Elaboración propia a partir de Ruiz de Arbulo, 1990 (línea discontinua) y Díes, 1994b (línea continua).

mo sucede con el material fenicio localizado al sur del río Mijares, pues no responde a consecuencias de rutas idóneas de navegación.

Se ha estimado que estas embarcaciones podrían almacenar una carga de algo más de 100 toneladas (Díes, 1994b). No obstante, estas cifras son dependientes del tamaño de las naves, por lo que hay que tener también en cuenta la existencia de embarcaciones de diferentes tamaños y, por tanto, con otras cargas. En este sentido apuntan, al menos, las únicas evidencias materiales de embarcaciones fenicias conocidas el Mediterráneo. Mientras que en las costas de la península del Sinaí se han recuperado barcos fenicios del s. VIII con una carga de varios centenares de ánforas vinarias (Stager, 2005), las evidencias del Extremo Occidente son bien distintas: en Mazarrón (Murcia) se han recuperado restos pertenecientes a barcos fenicios que pueden fecharse *grosso modo* en el s. VII, es decir, el periodo de la expansión comercial fenicia hacia la costa oriental peninsular. Lo relevante es que las medidas documentadas no corresponden, ni mucho menos, a un gran buque mercante de 20 ó 25 m de eslora con una carga de más de cien toneladas como ha propuesto Díes, sino que se trata de pequeños botes de unos 6 u 8 m de longitud. Así lo muestra tanto la planta de uno de ellos (el barco 2, con 8,10 m de eslora y 2,25 de manga) como las medidas de la quilla de otro, el barco 1, pues con una longitud conservada de 4 m se dice que «puede considerarse virtualmente completa» (Negueruela *et al.*, 2000, 1673). Una de estas pequeñas embarcaciones (Mazarrón 2) cargaba un conjunto de productos sudpeninsulares de ánforas del tipo 10.1.0.0. junto a otros vasos diversos en tipologías y funcionalidades.

Dos ejemplos son ya suficientes como para permitir matizar la idea de que las grandes embarcaciones fenicias navegan en estas costas y plantear, en cambio, una complementariedad en los fletes. Los casos del Mediterráneo oriental y de Mazarrón apuntan hacia la consideración de la varibilidad formal de los buques como corresponde a un fenómeno colonial también variable en el espacio y en el tiempo. En todo caso, los datos de Mazarrón son los más próximos a nuestro ámbito de estudio y a ellos me remito. Su importancia reside, desde mi punto de vista, en que ofrecen una referencia cuantitativa absoluta al significado de las decenas de ánforas halladas en yacimientos indígenas del entorno del Ebro.

Corrientes de intercambio sudpeninsulares

El fenómeno de expansión comercial fenicia en la fachada mediterránea peninsular está protagonizado por la llegada de productos diversos cuyo ámbito de producción remite principalmente al área sudpeninsular, tal y como denuncia el examen de las pastas de los productos cerámicos. Este comportamiento se observa desde el mismo inicio de esta presencia hasta finales del s. VII, ya sea en el ámbito meridional o en el septentrional. Las publicaciones de yacimientos de esta cronología que han presentado el material cerámico contabilizado bajo el criterio de la diferenciación de los productos de importación así lo indican (ver el capítulo anterior): sistemáticamente el número –reducido– de importaciones evidencia el predominio absoluto de los productos de esta procedencia. Ello es así, por ejemplo en la fase 1 de Barranc de Gàfols, en Aldovesta, en Vinarragell III, en los niveles iniciales de los Villares, en Peña Negra I y IIA, en la Fonteta por lo conocido hasta el momento e, incluso, en los niveles más antiguos de Ibiza. Se podría argumentar que tal identificación es sesgada debido al desconocimiento o a la falta de sistematización de las producciones de otras áreas que, sin duda, también debieron existir. Sin embargo esta afirmación no tiene fundamento si se aplica a los conjuntos de los ss. VIII-VII porque en ellos el protagonismo del área malagueña es indiscutible, no hay producciones identificadas como no-malagueñas; en otras palabras, no hay evidencias de materiales de procedencia indeterminada que dejen, al menos, abierta esta posibilidad.

Todo ello habla a favor de la expansión de productos fenicios cuya proyección corresponde al periodo que va desde finales del s. VII hasta principios del s. VI. Los barcos de Mazarrón, con su carga de productos, suponen el mejor ejemplo para mostrar el fenómeno de la expansión comercial fenicia desde el área andaluza mediterránea. Esta creciente expansión está protagonizada por el tipo 10.1.2.1. cuya extraordinaria diversidad morfológica no deja de ser un exponente de la dinámica comercial y el surgimiento de numerosos talleres y producciones. Así, la producción local de 10.1.2.1. en el entorno del valle del Vinalopó significa mucho más que un apéndice de la expansión comercial fenicia a partir de finales del s. VII ya que es también una muestra de las formas particulares que adquieren los encuentros coloniales.

A partir del s. VI los fenómenos de intercambio presentan otras dinámicas. En los contextos entre el Ebro y el Segura se identifican envases de pastas no malagueñas junto a la progresiva sustitución de piezas fenicias por otras de tipología fenicia, e incluso, con algunas variaciones morfológicas, pero cuyas pastas no corresponden a aquellas. El registro de la Fonteta, a la espera de una publicación más detallada, manifiesta claramente estas modi-

ficaciones en los patrones de importaciones: mientras las fases arcaicas (Fonteta I-III, es decir, hasta finales del s. VII) muestran una presencia mayoritaria de productos procedentes del área mediterránea andaluza, las fases recientes (Fonteta VI, a partir de inicios del s. VI) ofrecen un registro donde no hay predominio de los productos malagueños sino mayor diversidad de pastas y, por tanto, de procedencias (González Prats, 1998, 209). Peña Negra (González Prats, 1983), el Alt de Benimaquia, Turó del Calvari, Sant Jaume o Barranc de Gàfols son otros ejemplos de la diversidad de producciones (no sólo locales) circulando en el primer cuarto del s. VI.

Es evidente que algunas áreas, hoy en día desconocidas, producen y tienen capacidad de exportar esos productos. Cuáles son es una incógnita ya que por el momento sólo algunas zonas del ámbito meridional ofrecen evidencias para reconocerlos. Sin duda, la futura investigación deberá encargarse de identificar otras procedencias, las áreas de intercambio alcanzadas por estas producciones y los fenómenos socioeconómicos desencadenados en las comunidades locales que las produjeron.

Cartago, Cerdeña e Ibiza: conexiones centromediterráneas

Si bien la procedencia de los materiales remite mayoritariamente a los asentamientos del sur peninsular, éstos no son los únicos identificados. Otras importaciones, indicativas de otras rutas y otras áreas, se suman a aquéllos para configurar fenómenos de intercambio que resultan conectados. Sin embargo, su identificación es directamente proporcional a la capacidad por parte de la investigación de reconocer sus productos. Es decir, que son principalmente el ámbito central y oriental mediterráneos los que se reconocen fácilmente mientras que con otros no sucede así. Por ello debemos cuestionar qué sucede con los movimientos de productos desde otras zonas fenicias de la península Ibérica o bien desde las de las costas argelinas y marroquíes, hoy en día mudas al respecto.

La investigación hace tiempo que superó la equivalencia entre el área de procedencia de un objeto y la existencia de comerciantes desplazados desde esas áreas. En otras palabras, señalar la existencia de objetos intercambiados y rutas de navegación no significa enlazar simplemente dos puntos sino que soy consciente de que esos movimientos fueron mucho más complejos. El hecho de que los grupos fenicios hayan establecido una red colonial mediterránea va a permitir la imbricación de ámbitos diversos en el desarrollo de relaciones de intercambio complejas. Por ejemplo, aunque existen algunos objetos del Mediterráneo oriental en la costa oriental peninsular no se puede plantear la existencia de rutas de intercambio directas con Oriente, sino que tales objetos hablan, más bien, de relaciones con intermediarios en el Mediterráneo central. La explicación es doble. En primer lugar porque, técnicamente, no se puede defender una navegación directa y sin escalas entre el Mediterráneo oriental y el occidental. Y en segundo lugar, porque los escasos objetos orientales en la costa oriental peninsular se encuentran en los contextos junto a piezas centromediterráneas o, cuando no, junto a producciones occidentales. En definitiva, cuando hablo de la conexión centromediterránea me estoy refiriendo a la inclusión de objetos centromediterráneos y orientales en los contextos de estudio.

Tomaré el conjunto de la península Ibérica como punto de partida para luego enfocar la cuestión en la costa oriental peninsular. Las relaciones con el área centromediterránea se pueden rastrear desde el momento inicial de la expansión colonial, pero se intensifican a partir de finales del s. VII y, sobre todo, a inicios del s. VI. Así lo demuestran los hallazgos de cerámicas fenicias centromediterráneas, junto a otras etruscas o griegas, en el Castillo de Doña Blanca, en Huelva, en Morro de Mezquitilla, en Toscanos o en Cerro del Villar, entre otros asentamientos. Además, esta intensificación en las relaciones es bidireccional ya que se han documentado producciones de la península Ibérica en puntos del Mediterráneo central como Cerdeña, Pitecusa o Cartago. Es el caso, por ejemplo, de las ánforas sudpeninsulares 10.1.1.1. y, en menor medida, las 10.1.2.1. halladas en Sulcis, Monte Sirai, Nora, Sant'Imbenia, Ischia o Cartago (Buchner y Ridway, 1993; Ramon, 1995, 279 y 281; Vegas, 1999; Botto, 2000b, 25); y también de las tinajas pintadas o de la cerámica de mesa y de uso doméstico, tanto a mano como a torno, recientemente examinada (Vegas, 1999; Mansel, 1999; Botto, 2000b). Pero la documentación no sólo se limita a los objetos cerámicos, ya que marfiles de producción occidental, quizás de algún taller situado en el entorno del Bajo Guadalquivir, han sido hallados en Cartago o en Samos en contextos de la primera mitad del s. VII (Aubert, 1979, 50). Debemos entender estos conjuntos como objetos desplazados por las actividades de intercambio fenicias.

En el área de estudio se pueden mantener las mismas consideraciones que para el conjunto del sur de la península Ibérica. Así, el grupo de producciones fenicias centromediterráneas es indisoluble de otras piezas –etruscas, griegas o, ampliamente, orientales– que, en conjunto, constituyen la evidencia de las diferentes rutas de intercambio mediterráneas arcaicas. Al igual que sucede con el panorama peninsular los momentos de mayor presencia en el conjunto de importaciones, y por tanto también de su difusión, se produce en el paso del s. VII al VI.

Tras estos apuntes iniciales, dividiré este apartado en dos secciones cronológicas. En primer lugar se tratan los movimientos de intercambio entre finales del s. VIII y durante la primera mitad del s. VII. En segundo lugar se examinan los fenómenos entre la segunda mitad del s. VII y la primera mitad del s. VI.

Las piezas más antiguas se concentran en el área meridional. De la Fonteta ya he citado en el capítulo anterior el borde de copa Thapsos, fechado antes de la primera mitad del s. VII; también se documenta la imitación fenicia de un *skyphos* eubeo de la primera mitad del s. VII como se desprende de las fechas de los paralelos occidentales, pero que podría también ser una perduración en contextos algo más modernos, como sucede en el Cerro del Villar en un contexto de la segunda mitad del s. VII (Núñez, en Aubet *et al.*, 1999). Además, hay ejemplares de *kotylai* protocorintias y ánforas del s. VII. Las cerámicas griegas de los ss. VIII-VII halladas en la Fonteta –productos áticos, eubeos o corintios– llegaron a través de las navegaciones fenicias en conexión con el Mediterráneo central. Los ejemplares del resto de los establecimientos fenicios peninsulares no contradicen estas apreciaciones.

Tales objetos se han interpretado como elementos de prestigio para establecer vínculos comerciales con la aristocracia indígena (García Martín, 2000, 217). Sin embargo, esta interpretación no encuentra su correspondencia en el panorama material de los asentamientos indígenas donde, paradójicamente, son muy escasos los hallazgos de este tipo cuando, se supone, debería haber una demanda por parte de las élites. Una nueva interpretación para la presencia de estos vasos se hace necesaria, interpretación desprendida de los supuestos e infundados valores de prestigio que estos vasos debían tener y en cambio enfocada hacia su uso por parte de grupos que viven en Fonteta. Recordaré que en el Cerro del Villar hay importaciones griegas y etruscas en un contexto identificado indudablemente como un taller alfarero y cuya presencia se interpreta como objetos empleados en el proceso de trabajo técnico del taller –molienda, mezclas– por tanto con funcionalidades alejadas de su supuesto uso como vajilla especial (Curià, en Aubet *et al.*, 1999). Ello sirve para reflexionar sobre el carácter de prestigio de los objetos otorgado a través de prismas personales –occidentales y contemporáneos– en lugar de hacerlo a través de la documentación de los datos materiales. Si se confirma la asociación contextual de la copa Thapsos con *skyphoi* griegos e imitaciones fenicias en la Fonteta se puede proponer, para el asentamiento de Guardamar, un uso de estos vasos sin distinciones de procedencias.

En la Fonteta también ha sido identificado un grupo de producciones de procedencia sarda y cartaginesa que amplían el panorama ofrecido por las importaciones griegas para el s. VII (González Prats, 1998, 208) (figs. 83 y 84). Alguno de estos objetos arroja fechas algo más modernas, como un plato de engobe rojo cartaginés procedente de la fase II de Peña Negra y fechado en torno al segundo cuarto del s. VII (Ramon, 1998) que, sin embargo, corresponde a los mismos fenómenos de intercambio (fig. 84: 1).

Ahora bien, inscribir la costa oriental peninsular en contacto con áreas centromediterráneas también supone prestar atención a las evidencias en Ibiza. Así, a partir de la presencia de un conjunto de *oil bottles* fenicios junto a otros materiales, se propuso una ruta comercial con Cerdeña –que también se mostraría en otros aspectos culturales como las prácticas funerarias– según la cual la primera jugaría un papel relevante en las navegaciones entre

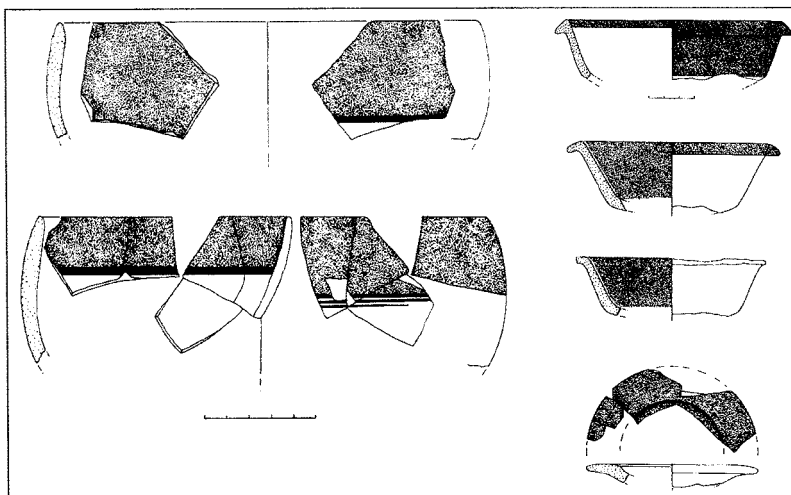


Figura 83. Materiales sardos y cartagineses de Fonteta (según González Prats, 1998).

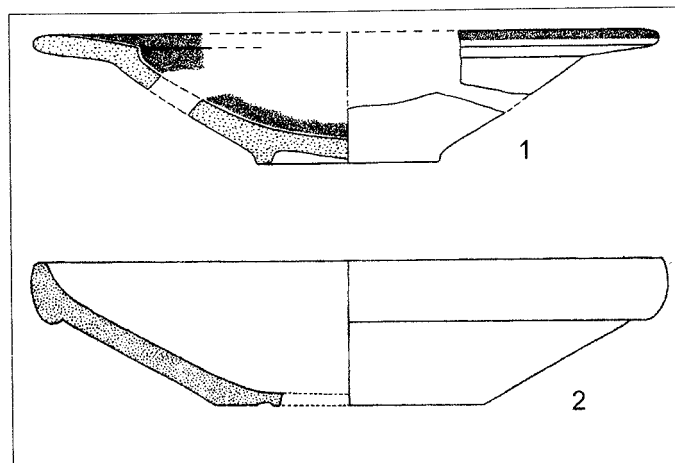


Figura 84. Plato cartaginés de Peña Negra (1) y cuenco cartaginés de Fonteta (2)
(según González Prats, 1986 y 2002).

el Extremo Occidente y el Mediterráneo central (Ramon, 1982, 37). De hecho, este autor propone que a partir de Ibiza la ruta con dirección oeste-este podría ramificarse en dos, una hacia Cerdeña y otra hacia el noreste peninsular y que, lógicamente, tendría su correspondencia en el sentido contrario. La conocida «ruta de las islas» también ha sido potenciada por otros investigadores en base a la presencia de materiales etruscos y griegos en la isla de Ibiza (Costa y Gómez Bellard, 1987; Gómez Bellard, 1991b) aunque con discrepancias cronológicas (Ramon, 1994).

Nuevos datos permiten aproximarnos a estas propuestas con matices ya que el sur valenciano muestra un panorama diferente debido a la existencia de contextos más antiguos. No obstante, hasta la publicación definitiva del asentamiento de sa Caleta no podremos contar con un repertorio algo más completo, pues es la única referencia de posible cronología anterior a la segunda mitad del s. VII, aunque no exenta de problemas (pp. 152-153). Sólo un jarro cerámico cartaginés con decoración bícroma –negro y rojo– de sa Caleta fechado en el s. VII (Ramon, 1999) podría ser evidencia de estos momentos.

A finales del s. VII y principios del s. VI el panorama de importaciones centromediterráneas y orientales en Ibiza encuentra mayores similitudes con la costa oriental peninsular, como corresponde a un punto de conexión entre un área y otra, sobre todo a través de la llamada «ruta de las islas» que discurre entre Sicilia, Cerdeña e Ibiza. La evidencia principal la muestra el mapa de distribución de los envases anfóricos centromediterráneos 2.1.1.2., que dibuja desde Ibiza un reparto hacia el norte y hacia el sur (fig. 85). Además el ánfora Trayamar 2 se distribuye de forma similar a 2.1.1.2. Ello confirma esta ruta y el concurso de la isla de Ibiza en la distribución anfórica hacia la fachada mediterránea peninsular. Tales envases tienen una cronología de producción de finales del s. VII y principios del s. VI, es decir, que corresponden cronológicamente al inicio de este periodo.

Conexiones con ámbitos centromediterráneos también se reflejan en un par de ejemplares de cuencos-trípode hallados en el Puig de la Nau y en Vinarragell (fig. 86). Encuentran patrones decorativos similares a los de otros trípodes hallados en contextos del s. VII en Cerdeña, como en Tharros (del Vais, 1995, fig. 3e; Cerasetti *et al.*, 1996, fig. 8b) o Santa Giusta (Othoca) (Zucca, 1997), y en Cartago (Maass-Lindemann, 1982, 180). La semejanza sería anecdótica si no fuera evidente su relación con la distribución de las citadas ánforas 2.1.1.2., ya que algunas, además, son de producción sarda (Ramon, 1995, 279). La vinculación comercial entre la costa oriental peninsular, Cerdeña y Etruria se apoya en prácticas determinadas de consumo de vino que trataré en el capítulo siguiente. Ahora tan sólo quiero señalar que esas interconexiones podrían quedar reflejadas en algunos contextos, desgraciadamente sin estratigrafía, como el del cargamento del pecio del Bajo de la Campana. Allí un trípode queda asociado a ánforas del Círculo del Estrecho de la serie 10 de Ramon y a un ejemplar centromediterráneo de 2.1.1.2. (Roldán *et al.*, 1995).

Dentro de este paquete de importaciones incluiría también un posible alabastrón de procedencia sarda hallado en el Alt de Benimaquia (aún no publicado pero citado en Álvarez *et al.*, 2000, 129). Así pues, la costa oriental peninsular participa en una corriente de intercambios con el Mediterráneo central y en la cual Cerdeña jugaría

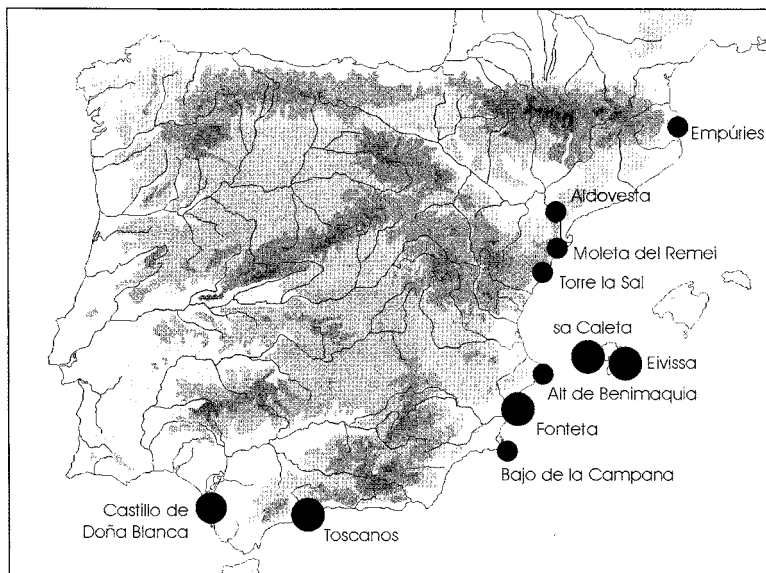


Figura 85. Distribución de las ánforas centromediterráneas arcaicas en la península Ibérica.

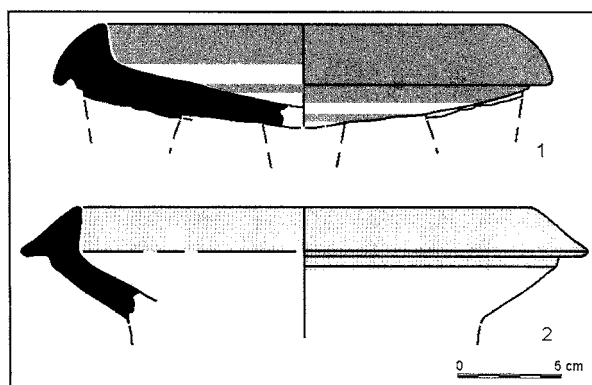


Figura 86. Cuencos-trípode del Puig de la Nau (1) y de Vinarragell (2) con patrones decorativos pintados similares a otros hallados en Cerdeña.

un papel relevante, a juzgar por una documentación cerámica que evidencia estrechas relaciones con la península Ibérica (Botto, 2000b, 36 y 37).

Junto a todo ello hacia mediados del s. VI aparecen numerosos objetos de fabricación etrusca o greco-oriental, además de cartagineses, de los que ya he dado detallada cuenta tipológica y cronológica en el capítulo anterior. Al respecto, no creo que se pueda considerar que los hallazgos de cerámica griega fechados a partir de mediados del s. VI se deban a que «los griegos occidentales de Massalia buscan nuevos mercados donde conseguir materias primas después de la crisis de Tartessos y acuden a una zona [...] que ya habían frecuentado tanto los fenicios como los foceos, rica en metales y en otros recursos naturales como la sal» (García Martín, 2000, 208). No comparto este planteamiento interpretativo porque deja a las comunidades locales sin palabra ni acción; es lo que sucede cuando el análisis se centra únicamente en rutas comerciales que no tienen en cuenta la presencia de otros grupos en la zona, el intercambio con ellos, la selección de importaciones o la existencia de procesos complejos de interacción. Pero además tampoco comparto la identificación directa entre el área de procedencia de las importaciones y el desarrollo de un comercio bajo una bandera coincidente con esa procedencia (p.e. cerámica griega con griegos). Interpretaciones de este tipo se ha demostrado cuestionables y atrás quedan las conclusiones mecanicis-

tas de la frecuentación de un territorio por tal o cual pueblo en base al hallazgo de tal o cual pieza, pues no hay que olvidar que los fletes para esta época no son sino conjuntos heterogéneos de mercancías de distintos orígenes y «sin bandera» (al respecto, incluso, también habría que reflexionar sobre lo que entendemos por «comercio fenicio»). En cambio más relevante, a mi parecer, es la presencia de piezas que remiten a tipologías griegas halladas en Peña Negra, fechadas en el s. vi y para las que es factible proponer una producción local.

Otros materiales contribuyen a definir los movimientos de mercancías centromediterráneas en la primera mitad del s. vi. Además de la conocida «ruta de las islas» hay elementos materiales, escasos por el momento pero muy significativos, a favor de otra conexión centromediterránea para el ámbito meridional de la costa oriental peninsular, y que es posible caracterizarla sin una participación ibicenca (ver el capítulo anterior para un repaso tipológico detallado de los objetos que permiten apoyar esta propuesta).

Quiero poner el acento en la distinción de las facies de materiales centromediterráneos y orientales para la primera mitad del s. vi al norte y al sur de la línea situada, aproximadamente, en el cabo de la Nao. Ibiza juega el papel de distribuidor de algunas piezas centromediterráneas: éstas son fundamentalmente ánforas fenicias 2.1.1.2., fechadas entre finales del s. vii y principios del s. vi (Ramon, 1995, 178), y cuya distribución parece dirigirse desde la isla hacia el norte y hacia el sur de la costa oriental peninsular (fig. 85). Con todo, para algunos investigadores el *bucchero* hallado al norte del Ebro pudo haber sido distribuido desde Ibiza dada la similitud de formas encontradas en unos y otros ámbitos (Gracia, 2000, 260), aunque también desde el golfo de León junto a ánforas etruscas, facies reflejada en los conjuntos arcaicos de Empúries desde la segunda mitad del s. vii (fases IIa y IIb) y donde también están representadas las ánforas fenicias sudpeninsulares y las 2.1.1.2. (Castanyer *et al.*, 1999, 114 y ss.). Hay que tener en cuenta que en Ibiza y en la costa peninsular los materiales centromediterráneos se suman a un mayoritario conjunto de mercancías de Andalucía meridional; junto a todo ello el panorama se completa con dos datos *ex silentio*: al norte del cabo de la Nao no hay casi vajillas, o piezas, metálicas suntuarias; y al sur del Ebro, y sobre todo, al sur del Mijares, hay una significativa ausencia de *bucchero* etrusco.

Además, la facies meridional muestra otro tipo de objetos, dependientes de relaciones de intercambio cualitativamente diferentes de las anteriores y con otros contextos sociopolíticos. En el sur hay objetos de importación específicos como el *infundibulum* de Xàbia, los diversos bronce de Crevillent y el Oral (aunque, recuerdo, los del Oral en contextos algo más tardíos) o la botella egipcia y el quemaperfumes de les Casetes. Es destacable que los bronce de importación en las Baleares y en la zona septentrional de la costa oriental peninsular sean casi inexistentes. La única excepción, sin embargo, la podría constituir un quemaperfumes de bronce hallado en el Puig des Molins.

En síntesis, durante este siglo el mayor volumen de importaciones de la costa oriental peninsular viene desde el sur de la península Ibérica, de la mano del comercio fenicio. Los ámbitos del Mediterráneo central y oriental se insertan en estas rutas mediante objetos y productos cuantitativamente poco significativos que, quizás, formarían parte de los cargamentos sudpeninsulares; al respecto, un buen ejemplo es el pecio del Bajo de la Campana, donde hay productos de diversos orígenes –en este caso ánforas del área malagueña y centromediterráneas– bajo los mismos fletes. A partir de finales del s. vii, y sobre todo a partir de la primera mitad del s. vi, aumenta el número de objetos de procedencia centromediterránea que se vehiculan a través de esferas de intercambio difíciles de rastrear pero que puede ser sintetizadas del siguiente modo: por un lado unos productos –ánforas 2.1.1.2. y escaso *bucchero* etrusco– que encuentran una distribución generalizada en toda el área y que responde a intercambios entre el Mediterráneo central y la península Ibérica vía Cerdeña e Ibiza y que alcanzan la costa oriental junto a cargamentos de origen sudpeninsular. Y por otro lado, al sur del cabo de la Nao se evidencian tráficos con el Mediterráneo central sin la participación de las islas (recuerdo la ausencia de bronce etruscos arcaicos en Cerdeña o Ibiza hasta la fecha) y con un papel de Cartago que actúa como intermediario entre la península Ibérica y la Itálica, pues desde finales del s. vii y principios del vi se intensifican las relaciones entre Etruria y Cartago (Amadasi Guzzo, 1995), conexión que englobaría las ánforas centromediterráneas junto a elementos específicos como bronce etruscos y otros –como la botella egipcia– que llegan a estas costas (fig. 87). Así, ambas esferas geográficas muestran distintos tráficos, sin duda complejos pues no conectan simplemente un punto de salida y otro de llegada, sino que están reflejando la heterogeneidad de los intercambios arcaicos (Gras, 1996, 148).

Para concluir destacaré que el análisis de los materiales arqueológicos de importación se ha hecho, únicamente, con el objetivo de esbozar las rutas de intercambio fenicias como elemento sustancial de una estructura colonial compleja y variable en el tiempo. Otra cosa es relacionarlos en cada contexto local porque son, finalmente, los que determinan las diferentes facies de importaciones como veremos en el apartado siguiente.

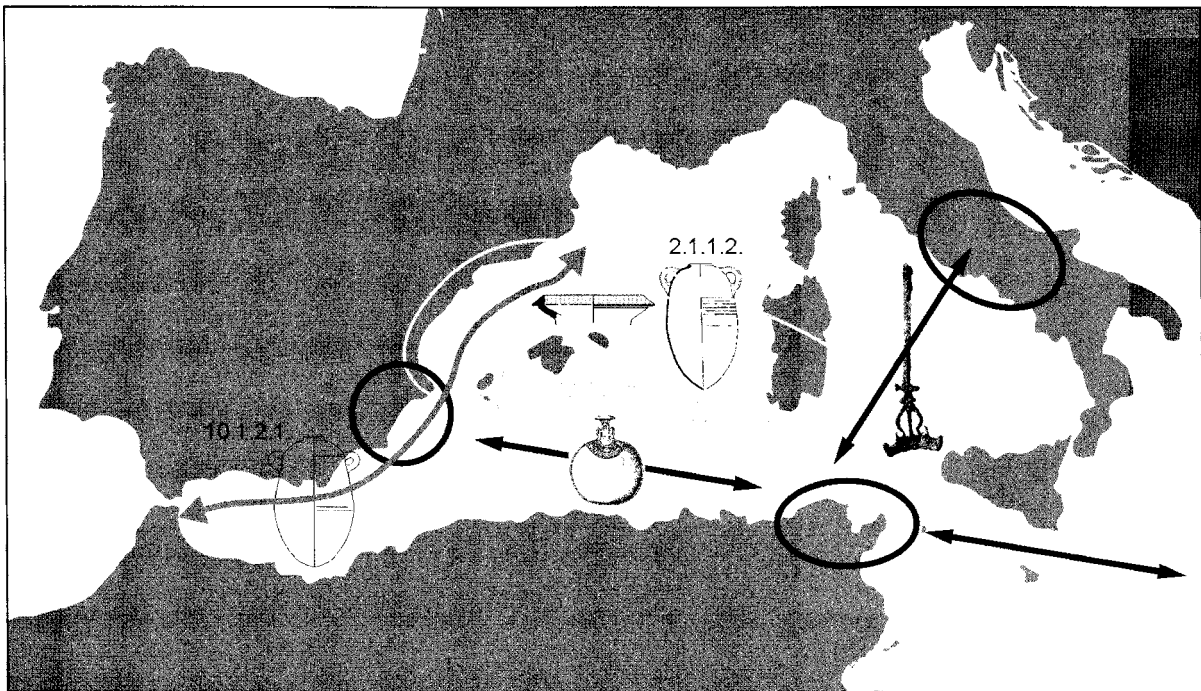


Figura 87. Grandes esferas de intercambios de la costa oriental peninsular con el sur de la península Ibérica y el Mediterráneo central (finales del s. vii y primera mitad del s. vi).

IV.3. FORMAS DEL ENCUENTRO: INTERCAMBIOS SIN COLONIAS *VERSUS* INTERCAMBIOS Y COLONIAS

Hasta ahora se han integrado los datos presentados en el capítulo tercero –el estudio crítico de la arquitectura y técnicas constructivas, los análisis de objetos en cuanto a tipología, formas, funcionalidad y cronologías y, finalmente, las noticias arqueozoológicas y paleobotánicas– bajo dos criterios de análisis transversales: ritmos y aparición de las importaciones fenicias a través de fases tipocronológicas y corrientes de intercambio con otras zonas mediterráneas. Se han tenido en cuenta, fundamentalmente, las importaciones fenicias en sus contextos de hallazgo porque sólo desde el reconocimiento de las importaciones en los contextos locales se puede abordar un estudio más completo de la dinámica de interacción entre los grupos.

En este apartado voy a estructurar una secuencia de tres partes relacionadas entre sí, y que tratan de definir las formas que adquieren los encuentros culturales. El punto de partida es el espectro de importaciones –fenicias y otras– y su distribución en el territorio, lo cual va a permitir determinar los específicos contextos locales y los objetos aportados por cada grupo. En segundo lugar se trata la cuestión de las contrapartidas a los materiales fenicios identificados en el registro y, finalmente, la tercera parte supone una reflexión acerca del concepto clave de intercambio aplicado a estos ámbitos.

Sobre las importaciones y los contextos locales

Hay un par de ideas relevantes para el discurso posterior que surgen ante el panorama material expuesto: una evalúa el grado de difusión de las importaciones fenicias, y la otra el tipo de importaciones.

Las importaciones fenicias capilarizan prácticamente todo el territorio en estudio porque cuando las actividades de prospección se llevan a cabo éstas se documentan en mayor o menor medida. Así sucede en el valle del Ebro, en la zona del Maestrazgo, en las comarcas actuales de Requena-Utiel, de l'Alcoià-el Comtat, de la Marina Alta o en los valles del Vinalopó y Segura. No obstante, hay territorios sistemáticamente prospectados donde el ma-

terial fenicio no está presente, por ejemplo en el Camp de Túria, donde sólo se detectan cuatro yacimientos con este tipo de importaciones, o en áreas contiguas a las comarcas de l'Alcoià-el Comtat. Por ello, esta consideración general debe tener en cuenta la excepcionalidad de algunas áreas cuya aparente *no información* –entendida, claro, como ausencia de importaciones– adquiere también un sentido. En definitiva, la distribución de materiales de importación no sólo debe asumir el panorama de presencias sino también el de las ausencias.

Durante el periodo de mayor afluencia de importaciones fenicias, desde la primera mitad o mediados del s. VII hasta mediados del s. VI, hay una diferencia cualitativa en el tipo de importaciones localizados en el sur y en el norte, sin poder precisar los límites geográficos de esta distinción. En realidad las fronteras son tomadas como una referencia de partida y, por supuesto, flexible. Por «sur» entiendo el área costera al sur del cabo de la Nao, especialmente en el entorno de la desembocadura del Segura, a lo largo de todo su curso y el del río Vinalopó. Por «norte» entiendo, obviamente, el resto del territorio hasta el valle del Ebro que es el límite septentrional marcado en mi estudio. En el sur hay una mayor variedad de tipos de materiales pues se encuentra la cerámica sin tratamiento, la pintada, el engobe rojo o la cerámica gris. Todas estas categorías muestran un abanico amplio de tipos y formas, e incluso de procedencias. Al norte de esta referencia se evidencia un panorama más homogéneo, donde domina, sobre todo, la cerámica sin tratamiento y en menor medida la pintada.

La distribución por tipos también es significativa. En el sur el material ofrece una gran variedad tipológica: ánforas, cuencos, botellas, trípodes, entre las cerámicas sin decorar; tinajas, vasos del tipo Cruz del Negro o cuencos variados entre las pintadas; platos y cuencos de engobe rojo y cerámica gris, entre las piezas con otros tratamientos. Junto a esta variedad también hay procedencias diversas para las piezas: hay importaciones, sobre todo, del sur peninsular y, en menor medida, del área centromediterránea (Cartago o Cerdeña) entre otros orígenes aún no sistematizados. Al norte, en cambio, se documenta la presencia constante de los grandes contenedores, principalmente el ánfora, las tinajas y ánforas de cuello pintadas y los trípodes. El hallazgo de otras categorías y tipos de materiales, por ejemplo, algunos fragmentos de engobe rojo, cerámica gris y *oil bottles*, es excepcional pero, al mismo tiempo, significativo porque ofrece la constatación de que esas categorías *llegaban* a estas zonas, es decir, que no se puede plantear que es un área marginada de ciertos circuitos o limitada a la llegada de unas pocas importaciones. En cuanto a su origen, la mayor parte proceden del sur peninsular.

Pero no sólo las importaciones cerámicas se comportan de este modo; otros objetos también encuentran una distribución diferente: en el sur hay evidencias de orfebrería orientalizante en Peña Negra o en Camí de Catral, objetos de bronce como el quemaperfumes de les Casetes, bronces de tipología tartésica como los broches de cinturón de les Casetes y Peña Negra o jarros de Peña Negra; anillos de chatón basculante y pequeños objetos como escarabeos (figs. 88 y 89) completan el panorama. Los elementos comunes entre el sur y el norte se reducen a pequeños cuchillos de hierro y fíbulas de bronce de doble resorte, por lo que respecta a los objetos metálicos, y escarabeos.

Con todo, hay que remarcar un hecho significativo. La distribución observada no depende de la procedencia de la información y la documentación material; es decir que bien sea a través de excavaciones –antiguas o modernas–, de hallazgos arqueológicos aislados o mediante prospecciones, se define un panorama material homogéneo, sin contradicciones en sus resultados. Bien es cierto que la diferencia de facies no puede ni debe reducirse sólo a una cuestión de rutas comerciales ni a su plasmación cartográfica. Estudiar la difusión del material fenicio en la costa oriental peninsular es algo más que cartografiar su dispersión sobre un mapa porque ello, en sí mismo, es poco útil en la medida en que se ilustra un dato numérico. La información que ofrecen los mapas de distribución es indisoluble del contexto en que han sido hallados. En el actual estado de la investigación es preferible plantear qué significa ese dato en su contexto lo que implica un enfoque cualitativo para el estudio de ese material. Por otra parte, la llegada de esos objetos se produjo porque, evidentemente, detrás de ellos hubo grupos implicados que determinaron y condicionaron las formas del encuentro. Por todo lo anteriormente expuesto propongo caracterizar el contacto cultural entre indígenas y fenicios en los ss. VIII y VI en el área entre el Ebro y el Segura a partir de dos situaciones que responden a sendos contextos locales.

Merece la pena detenerse en el concepto de contexto local como término clave que da cuenta de los fenómenos generados por la interacción cultural desde perspectivas postcoloniales. Por contexto local (van Dommelen, 1998, 33) se entiende la expresión material de los grupos implicados en una situación colonial dada, y las respuestas ante esta situación. El contexto local no está determinado por una mayor o menor escala espacial de análisis sino que se define por las condiciones estructurales de los procesos coloniales y por los fenómenos generados por los grupos locales, en este caso bien indígenas o bien fenicios, y que son los que determinan, al fin y al cabo, su visión del contacto colonial a través de lo que representa cada uno. Por este motivo cada contexto local debe ser examinado en sus propios términos.

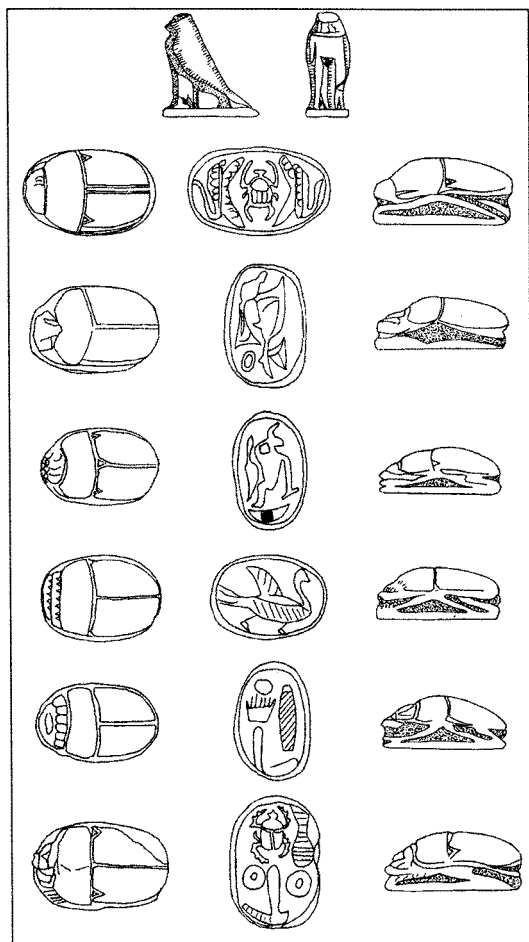


Figura 88. Conjunto de piezas de tipo egipcio de Peña Negra (según González Prats, 1976-78).

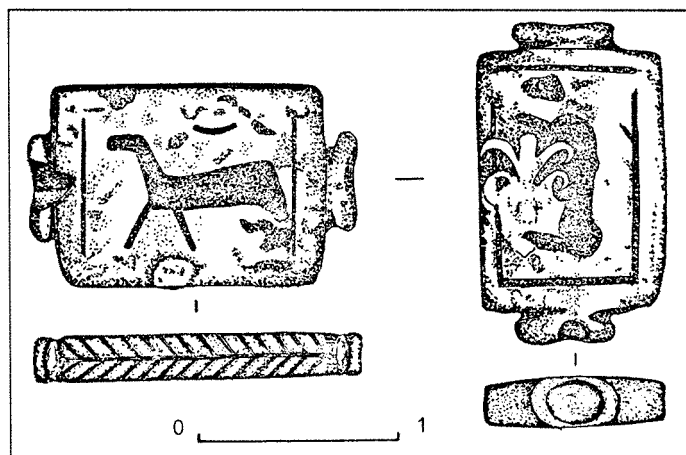


Figura 89. Anillo de chatón basculante de Peña Negra (según González Prats, 1983).

Así, tal y como indica el epígrafe de este apartado, la zona de estudio puede definirse sintéticamente como dos situaciones locales que responden, cada una, a un ámbito de intercambios sin colonias y a un ámbito de intercambios con colonias. Distingo ambos contextos en base a las evidencias materiales que he presentado hasta el momento.

Por un lado hay una facies septentrional donde, en el estado actual de la investigación, no se puede plantear la existencia de un asentamiento controlado por los grupos fenicios o con aportación poblacional estable fenicia. Al contrario, el análisis de la documentación disponible lleva a definir un espacio donde habría actividades de intercambio con una frecuentación fenicia esporádica.

Uno de los lugares donde tradicionalmente se ha ubicado ese establecimiento es en el entorno de la desembocadura del Ebro. Desde mi punto de vista tal asentamiento no existe, no sólo porque no se ha encontrado ninguna evidencia consistente –es decir, más allá de algunas producciones fenicias en contextos definidos como indígenas–, sino porque la naturaleza de la presencia fenicia en estas áreas es incompatible con tal propuesta. Esa naturaleza de la que hablo son fenómenos de intercambio de carácter esporádico, y que se expresa en el propio material arqueológico reducido un panorama limitado: los contenedores, como ánforas, tinajas o vasos del tipo Cruz del Negro, y los trípodes dominan ampliamente el panorama. Otros objetos, como hemos visto, son excepcionales. La situación descrita engloba una zona con características similares entre la desembocadura del Ebro y el entorno del cabo de la Nao.

Además, en este caso el panorama material permite proponer la existencia de un intercambio limitado a algunas zonas costeras y con presencia foránea excepcional. Por ello, sólo en algunos puntos tendrían lugar los contactos entre fenicios e indígenas y desde ellos se distribuirían los productos importados, bien hacia el interior o bien hacia otras áreas de la costa. Las formas del intercambio, en manos indígenas, se expresa en el característico fenó-

meno de la acumulación de contenedores –especialmente de ánforas– en pequeños espacios. Evidencias de este tipo se han documentado en Aldovesta, Sant Jaume o Torrelló del Boverot, por citar los excavados.

La facies meridional, en cambio, se caracteriza por contactos intensos determinados tanto por la presencia fenicia como por los grupos indígenas que actúan de diferente modo respecto a los del ámbito septentrional. Con la expresión «intensos» no sólo me estoy refiriendo a una cuestión cuantitativa de los contactos sino también cualitativa ya que entre el Ebro y el Segura el único asentamiento que puede responder a las características de una fundación colonial fenicia se sitúa en el entorno de la desembocadura del Segura. Ahora bien, debido a la parcialidad de la documentación presentada voy a partir de la posibilidad de que tanto la Fonteta como el Cabezo Pequeño del Estaño sean asentamientos con población fenicia estable. En efecto, los materiales recuperados y las estructuras arquitectónicas del primero son elocuentes de su filiación fenicia. En cuanto al segundo, aunque las evidencias no son tan concluyentes la posible existencia de una muralla de casamatas evidenciaría, sin duda, una fuerte influencia constructiva por parte de grupos fenicios (Díes, 2001). Sin embargo, algunos autores han expresado sus dudas acerca de la existencia de tales casamatas debido a la contradicción de los resultados publicados y, sobre todo, a la ausencia de documentación convincente en las publicaciones disponibles (Moratalla, 2003). De hecho García Menárguez (1994) señala que su interior estaba relleno de piedras y cita como paralelo la muralla del cercano asentamiento del Bronce Final de Caramoro II.

Comparto también esta lectura crítica. Desde luego, las interpretaciones de la presencia colonial fenicia en el entorno del Segura son dependientes de las cronologías que se les otorgue a uno y otro asentamiento. La responsabilidad indígena en la construcción de la muralla de Cabezo Pequeño es la muestra de que estas comunidades no fueron simples receptoras de influencias externas sino que los procesos fueron más dinámicos. El marco teórico postcolonial ofrece una perspectiva que abre el debate en otro sentido: frente a una lectura dualista de la situación colonial es preferible tener en cuenta los procesos de ambivalencia y ambigüedad de las comunidades

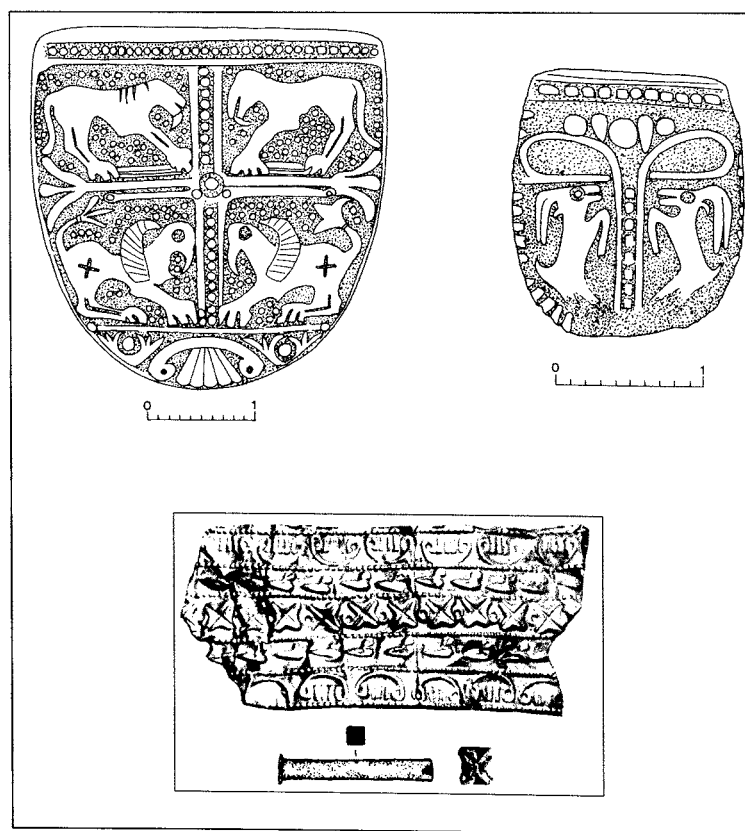


Figura 90. Evidencias de orfebrería orientalizante en el área meridional: Camí de Catral (arriba) y Peña Negra (abajo) (según González Prats, 1986 y 1989).

coloniales implicadas. Dejando a parte la identificación de la colonia fenicia en un sitio u otro también son relevantes los procesos de interacción generados por esta presencia: los asentamientos en cuestión están evidenciando procesos intensos y dinámicos de convivencia y relaciones de poder diferentes de los septentrionales y ello independientemente de la atribución de las cerámicas a unos u otros grupos.

Otra de las diferencias cualitativas respecto a la zona septentrional son las muestras de producciones artesanales locales, bien de orfebrería o bien cerámicas. Se trata de elementos sin parangón en el área septentrional y se suman a las evidencias que abogan por una interacción distinta entre los grupos fenicios e indígenas meridionales. Una bandeja de borde perlado de posible producción local, un troquel y medallones de orfebre indicarían la existencia de artesanado trabajando en el entorno (fig. 90). Respecto a los medallones, Jiménez defiende una cronología más tardía que la propuesta por González Prats porque los motivos están «degenerados» y existen paralelos en otros troqueles depositados en alguna tumba de Cabezo Lucero fechada en el s. v (2002, 309). La degeneración de los motivos aludida por Jiménez es un débil argumento estilístico que no tiene en cuenta más que el valor del modelo o el prototipo; y en cuanto a las piezas de Cabezo Lucero, perfectamente pueden amortizarse generaciones después de su uso. Con todo, me interesa remarcar que las evidencias de orfebrería en el entorno son sólidas –recordemos el troquel de Peña Negra– independientemente de la valoración cronológica de los medallones de Catral.

Las cerámicas ofrecen más argumentos. Los análisis de pastas de piezas de Peña Negra determinaron la existencia de un grupo de vasos de tipología fenicia producidos en el entorno inmediato (González Prats y Pina, 1983). Y debido a la existencia de piezas con pastas locales con grafitos en escritura fenicia se identificó la presencia de alfareros fenicios operando en Peña Negra (González Prats, 1983 y 1986). Pero éstos no son los únicos ejemplos de producciones cerámicas ya que la revisión de los materiales de los Saladares me ha permitido identificar piezas de engobe rojo con pastas posiblemente locales (ver el capítulo tercero).

Además, el uso de sistemas gráficos de escritura fenicia se ha constatado en materiales cerámicos de Peña Negra o Fonteta (González Prats, 1983 y 1998). La interpretación de tales marcas no es sencilla. Para las que se documentan sobre piezas correspondientes a vajilla de uso se ha propuesto las iniciales de nombres o antropónimos. Las marcas sobre ánforas pueden ser interpretadas en un sentido comercial si es antes de la cocción, lo cual apunta hacia la existencia de mecanismos específicos para controlar la producción. Aquellas realizadas después de la cocción revisten otro interés porque han sido realizadas en el transcurso de la vida de ese objeto, durante su uso y/o reutilización. Por ejemplo la marca postcocción en forma de cruz del Puig d'Alcoi se interpreta como una marca de alfarería (Espí y Moltó, 1997) pero no se pueden excluir otras interpretaciones al ser hecha después de la cocción; así, podríamos estar ante marcas de control comercial o de la producción, hecha en los circuitos comerciales que debieron seguir estos productos.

La abundancia de marcas en el contexto meridional, la mayor parte sobre ánforas (fig. 91), no se debe a razones dependientes de una mayor presencia de las ánforas. Al contrario, ya he mostrado que se localizan en todo el territorio y, además, son particularmente abundantes en el norte; allí hay asentamientos con decenas de ellas donde no hay ni una sola marca. Sólo en los asentamientos meridionales se constata este fenómeno por lo que en mi opinión es, más bien, una situación socioeconómica específica a cada contexto local la que crea la diferencia.

Que esta producción sea indígena o fenicia no importa para los propósitos descriptivos que planteo en este capítulo: es un elemento más para describir las relaciones coloniales específicas en el contexto local del entorno del valle del Segura. Así, de nuevo en este caso, los datos materiales ofrecen elementos poco esclarecedores para la identificación de los grupos étnicos si el debate se plantea como una disyuntiva entre indígenas o fenicios. La respuesta conduce, sencillamente, a un callejón sin salida. En cambio, si estos datos se enfocan como procesos y relaciones entre grupos sociales sin partir del binarismo colonial, entonces se abren nuevas cuestiones; así, los materiales que determinan una producción local meridional constituyen, en primer lugar, un elemento que contribuye a definir procesos de interacción entre los distintos ámbitos locales y, en segundo lugar, otorga una especificidad al ámbito meridional.

Las dinámicas socioeconómicas de ambas áreas se ilustran en un modelo hipotético que plasma dos momentos cronológicos. En el periodo inicial (fig. 92), hacia finales del s. viii y principios del s. vii, se detectan productos de intercambio, aún poco numerosos, en algunos asentamientos indígenas que controlan áreas de distribución de estos productos. En la siguiente fase (fig. 93), desde mediados del s. vii hasta mediados del s. vi, los productos fenicios tienen mayor ámbito de expansión, aunque su distribución sigue estando determinada por asentamientos indígenas. Alguno de éstos (Peña Negra o Benimaquia, por ejemplo) inicia una producción local que permite identificar sus productos y un área de distribución específica e incluso, también, marítima.

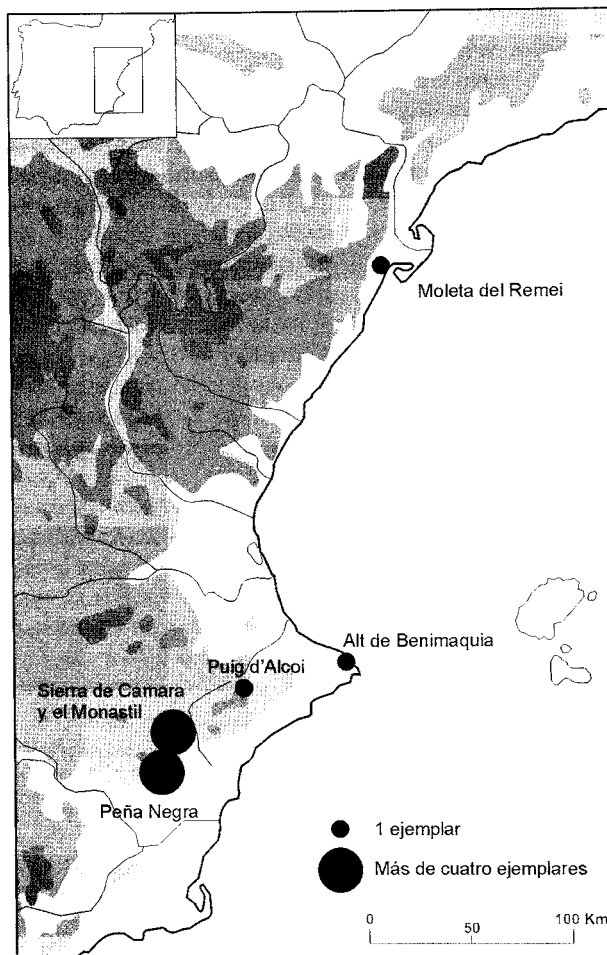


Figura 91. Distribución y cantidad de las marcas sobre ánforas de los ss. VII-VI.

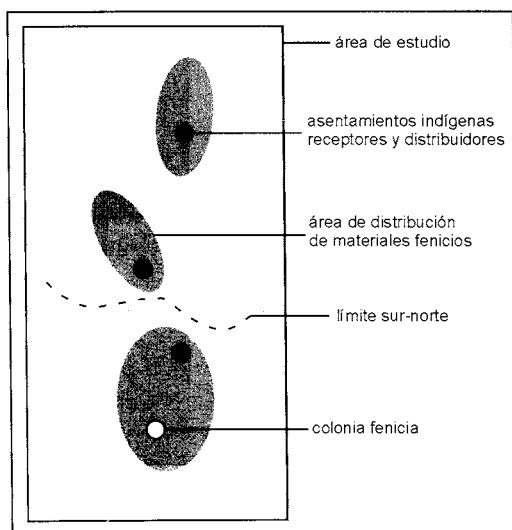


Figura 92. Indígenas y fenicios en la costa oriental peninsular: finales del s. VIII y primera mitad del s. VII.

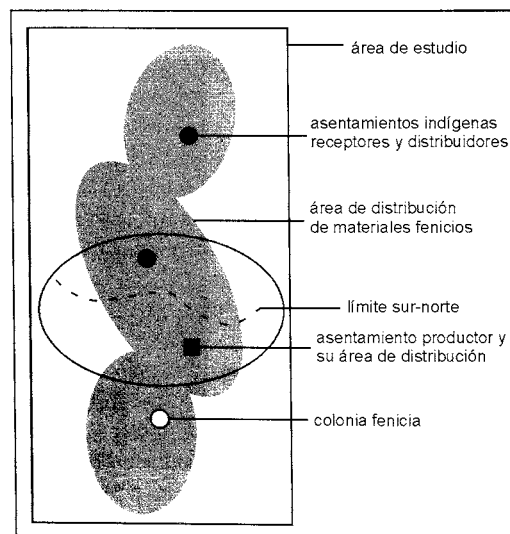


Figura 93. Indígenas y fenicios en la costa oriental peninsular: desde mediados del s. VII hasta mediados del s. VI.

¿Qué se daba a cambio? Los intercambios desde otros puntos de vista

Determinar las contrapartidas a los objetos aportados por el comercio fenicio en la costa oriental de la península Ibérica ha dependido de las interpretaciones que se realizaban en el sur peninsular. La búsqueda de metales por parte de los fenicios como uno de los motivos del fenómeno de expansión colonial ya fue señalada a través de la dinámica interna fenicia –tanto en los emplazamientos del Mediterráneo occidental como en la costa oriental mediterránea (Frankenstein, 1979 y 1997; Aubet, 1994)– y refrendada por las evidencias del ámbito indígena. El centro de los distritos metalúrgicos se sitúa en Huelva y Sevilla, donde la existencia de plata, oro, cobre, plomo, zinc y hierro (Fernández Jurado, 1993, 140) debió constituir un reclamo para los comerciantes fenicios que se instalaron, desde mediados del s. VIII, en Cádiz (Aubet, 1994, 245; Aubet, 2000, 36).

Ahora bien, se ha señalado que los grupos tartésicos ya explotaban las vetas mineras con anterioridad a la llegada de los comerciantes fenicios. Sólo a partir de su presencia en el entorno onubense se documenta la copelación en el proceso y se intensifica extraordinariamente la producción de plata (Fernández Jurado, 2000, 143), hasta el punto de provocar, en algunos asentamientos como en Huelva, la sustitución de una producción doméstica por una de carácter industrial al mismo tiempo que se produjo una transformación social, definida ahora por una mayor estratificación y diferenciación económica entre los grupos (Fernández Jurado, 1993, 148). Fernández Jurado ha propuesto una explicación muy sugerente a los datos materiales en el entorno onubense que revelan un doble sistema económico. Distingue dos rutas comerciales distintas que conectarían la producción y transformación de metales con la ciudad de Gadir, que sería su punto de salida: una de estas rutas nacería en el área de Riotinto y se dirigiría hacia Huelva, y la otra desde Aznalcóllar y los grandes asentamientos tartésicos de Tejada la Vieja (Escacena), Peñalosa y San Bartolomé de Almonte hacia la misma Gadir. En base a los datos materiales de los asentamientos onubenses, se ha argumentado la existencia de una economía de mercado en la ruta de Huelva, protagonizada por agentes fenicios a la búsqueda del mayor beneficio comercial, y otra de tipo colonial donde la metrópoli impone los precios y se ve reducida la actividad privada, que se plasmaría en los yacimientos orientales de San Bartolomé, Peñalosa y Tejada la Vieja. Éstos proporcionarían el plomo necesario para la copelación de la plata desde el Castillo de Doña Blanca para poder controlar la producción y el comercio. Este doble sistema económico responde de diferente modo a los desarrollos del s. VI: el entorno en que se practicaba una economía colonial (Almonte-Tejada) sufre las consecuencias en sus estructuras comerciales, mientras que el foco donde imperaba el libre mercado (Huelva), sabe reconducir su economía y comercio (Fernández Jurado, 1993, 152 y ss.).

Pero el comercio de Cádiz no sólo accedió a la plata de Huelva, sino que también se dirigió a los recursos metalúrgicos del valle del Guadalquivir y Sierra Morena (plata, oro, siderita, cobre, plomo), además del aprovechamiento de su potencialidad agrícola para obtener otros productos como sal, cereales, pieles y esclavos. Aubet señala que, en general, el sistema de intercambio se basaría en la puesta en circulación de bienes de prestigio para las élites locales que controlaban el acceso a los recursos, con lo que éstas acrecentarían su poder en el seno de las comunidades indígenas (Aubet 1994, 250). El momento de mayor demanda de plata en Oriente, el s. VII, coincide con la expansión de las relaciones comerciales fenicias con otras zonas del Extremo Occidente, como Portugal, Extremadura o la fachada mediterránea peninsular, con el objetivo de obtener más materias primas a cambio de productos manufacturados o transformados. En esta dinámica la implantación fenicia en Ibiza supuso un apoyo al comercio con las costas peninsulares, relacionado con la búsqueda de metales. Así, una interpretación, ya clásica, sobre las causas de la presencia fenicia en Ibiza y a lo largo de estas costas es la búsqueda de una ruta alternativa a la de la fachada atlántica peninsular para acceder al estaño, a través del istmo aquitano (Arteaga *et al.*, 1986).

Aun siendo interpretaciones que cuentan con amplio consenso, otros investigadores han cuestionado y matizado su aplicación a todas las áreas de presencia fenicia en el Extremo Occidente, y han propuesto la heterogeneidad en intereses y objetivos de los grupos fenicios. González Wagner y Alvar (1989) han defendido una colonización agrícola, paralela a una corriente comercial dominante, circunscrita a ciertos territorios controlados por asentamientos fenicios, como el valle del Guadalquivir o áreas del interior de Málaga. Sin suscribir en todos sus términos estas hipótesis sí considero relevante la matización que se hace de la homogeneidad y unidireccionalidad de las actividades fenicias en Occidente. Con estos precedentes historiográficos volvamos al área de estudio.

En esta zona se ha vinculado, tradicionalmente, la expansión comercial fenicia al aprovisionamiento de metales. Ello es el resultado de la extrapolación de las interpretaciones en el sudoeste peninsular a otros territorios y la identificación de fenicios=búsqueda de metales (Benoit, 1965; Jully, 1975; Sanmartí-Grego y Padró, 1976-78, 175; Arteaga *et al.*, 1986; Aubet, 1993, 25 y 1994, 293; Gracia *et al.*, 1994-96; González Prats, 2000c, 114; Sanmartí *et al.*, 2000, 240). Con ello, la sola existencia de vetas mineras en cualquier zona proporcionaba una explicación convincente para entender la presencia fenicia en la costa oriental peninsular, ya que encajaba con el modelo vigente. Así,

los afloramientos del entorno de Siurana y el curso alto del río Sénia, el curso bajo del Ebro, en el entorno de la Torrasa, en la Sierra Calderona (hierro y plata) e, incluso, en el entorno del Alt de Benimaquia han sido esgrimidos tradicionalmente como los recursos, sin duda, buscados (Oliver *et al.*, 1984; Arteaga *et al.*, 1986; Aubet, 1993; Gómez Bellard *et al.*, 1993; Sanmartí *et al.*, 2000). E incluso los pequeños objetos de bronce amortizados en Aldovesta o en la Ferradura indicarían la búsqueda de chatarra para intercambiar o transformar a través de moldes hallados en yacimientos del entorno, en el mismo Aldovesta o en Sant Jaume.

La identificación de otros productos agrícolas o derivados que también pudieran ser intercambiados es sujeta aunque limitada, en gran medida, por la falta de pruebas directas que lo confirmen. Se ha propuesto que la zona del Vinalopó proporcionaría a los comerciantes fenicios sal y derivados ganaderos (pieles, carne salada), que transitarían por una ruta trashumante desde la Meseta hasta la desembocadura del Segura (Poveda, 1994-95, 59; Mederos, 1999; Ruiz-Gálvez, 2001). En la desembocadura del Ebro también se ha defendido la existencia de otras contrapartidas añadidas a los metales (Sanmartí *et al.*, 2000).

Desde luego, los grupos fenicios también debían ser heterogéneos en procedencia, identidades y aspiraciones. Las diferentes pastas cerámicas de las importaciones fenicias entre el Ebro y el Segura indican la existencia de lugares de aprovisionamiento diversos y, por tanto, situaciones de intercambio complejas. La diversidad se observa también en las dinámicas locales del área de estudio que no pueden ser explicadas a partir de modelos formales aplicables a todos los casos. Todo ello también ha sido puesto de manifiesto por Aubet al considerar los diferentes patrones de intercambio de los grupos fenicios a lo largo y ancho del Mediterráneo (ver el capítulo segundo).

En definitiva, la presencia de fenicios entre el Ebro y el Segura se ha pretendido explicar siempre en términos similares a los del sudoeste peninsular; en términos, por así decirlo, metálicos y agrícolas. En la línea interpretativa y teórica seguida en este trabajo lo relevante no es tanto la identificación de los elementos intercambiados o las contrapartidas del intercambio sino las formas que tomaron estos encuentros culturales. Independientemente de cuáles fueron, quizás deberíamos plantear que los recursos buscados por los fenicios (o mejor *ofrecidos a los fenicios*) no eran especialmente significantes para los grupos indígenas que mantenían los contactos. Este cambio de perspectiva es factible plantearlo para el ámbito septentrional donde el contacto y los intercambios se produjeron bajo términos indígenas. En cambio, en el sur las formas del encuentro fueron diferentes debido a la dinámica específica del contacto, con intensos procesos de interacción que hacen poco operativa una distinción clara entre fenicios e indígenas. Este cambio de perspectiva implica no focalizar sólo la atención en la presencia fenicia ya que los grupos indígenas también tuvieron palabra y acción. En definitiva, competen a todos ellos las configuraciones locales.

Los objetos se mueven: intercambios y situaciones coloniales como punto de partida de las interpretaciones

Antes de finalizar este apartado quiero hacer una referencia al carácter de los intercambios en los contextos locales que vengo distinguiendo. La razón de hacerlo es que los intercambios, los productos, las rutas de navegaciones no deben verse como entes impersonales; el intercambio significa ante todo personas que se desplazan, que llevan cosas e ideas y que entran en contacto; en definitiva, contactan con *otros*. Como ha señalado Gras «*nel Mediterraneo arcaico non esiste un movimento di viaggiatori e di emigranti separato dallo spostamento delle merci*» (Gras 2000, 105), de modo que tras los estudios comerciales, tras los materiales arqueológicos, tras las ánforas y otros contenedores, tras los fragmentos de cerámicas finas, tras los objetos más singulares; detrás de todo ello, hay movimientos de personas, no sólo las que se desplazan con ellas sino también las que las reciben, las adoptan, las adaptan, las seleccionan o se las apropian. No voy a plantear una síntesis de los trabajos dedicados al tema de los intercambios. Tan sólo pretendo criticar algunas lecturas acerca de la fluidez o no de los intercambios y del llamado intercambio desigual. Al mismo tiempo remarcaré algunas vías interpretativas especialmente enriquecedoras que ampliaré en la tercera parte.

El grado de fluidez de los intercambios es dependiente del tipo de relaciones establecidas. Para el área meridional es evidente que se puede defender su intensidad debido a la presencia permanente fenicia en el entorno, ya sea en la Fonteta, en Cabezo Pequeño o en Peña Negra junto a, y ello es importante, una actitud indígena que lo posibilita. Al norte de este ámbito no hay constancia de un asentamiento permanente de grupos fenicios lo cual condiciona los procesos de interacción.

Ahora bien, para el área de la desembocadura del Ebro se ha defendido que estos intercambios serían fluidos debido a que el volumen del material importado es el más elevado en comparación a las siguientes fases en la zona (Gracia, 2000, 263). Difiero de esta lectura porque, en primer lugar, no se puede comparar volúmenes de importaciones de momentos cronológicos diferentes para evaluar el flujo de mercancías; en otras palabras, es impo-

sible establecer el límite de aquello que puede ser considerado como comercio fluido y aquello que no lo es. Además, el volumen de importaciones en los yacimientos indígenas de este periodo no supera el 20 % del total cerámico³⁵ de modo que el adjetivo «excepcional» puede ser aplicado al registro de estos niveles arqueológicos. En segundo lugar, el tipo de barco de transporte de mercancías tampoco deja lugar para la fluidez de los intercambios. Los datos del pecio de Mazarrón ya son elocuentes (Negueruela *et al.*, 2000) pero, si tomamos como referencia los pecios fenicios hallados frente a la península del Sinaí o las propuestas de Díes para los grandes barcos mercantes (Stager, 2005; Díes, 1994b) éstas son más claras si cabe ya que podrían transportar varios centenares de ánforas viñarias. De hecho, los materiales hallados en los asentamientos indígenas supondrían *todo* un cargamento de ánforas en barco. En definitiva, con estas evidencias resulta difícil plantear relaciones intensas o fluidas al norte del cabo de la Nao, donde las evidencias materiales indican la excepcionalidad de los contactos si se analizan en los términos que marcan los contextos locales.

El llamado intercambio desigual es un marco interpretativo que parte de la investigación ha asumido para caracterizar las relaciones de intercambio entre fenicios e indígenas en la península Ibérica y que, en gran medida, es dependiente de una lectura colonialista del registro arqueológico. En síntesis, se mantiene que la desigualdad de la relación de intercambio se basa en el valor de los bienes aportados por unos y por otros, esto es, materias primas por manufacturas o baratijas (Aubert, 1994, 249). Defender la existencia de un intercambio desigual supone admitir la sobreexplotación del trabajo de las comunidades autóctonas que, además, están abocadas a su desarticulación. La terminología marxista se incorpora a las interpretaciones porque se defiende que entran en contacto dos modos de producción con el sometimiento de uno, el dominante o fenicio, al otro, el dominado o indígena. Y, bajo estas condiciones, sólo los colonizadores obtienen beneficio de esta relación (González Wagner, 2000, 87). Se trata de una lectura dependiente de criterios capitalistas contemporáneos porque, paradójicamente, el valor de un intercambio se analiza en términos económicos y lo que importa es el beneficio. Por otra parte, es una interpretación esencialista que no tiene en consideración la heterogeneidad de los grupos que interactúan en cualquier situación colonial.

Una característica de las relaciones de intercambio en la Antigüedad es que están determinadas por factores sociales y políticos pero, a su vez, constituyen relaciones sociales entre grupos e individuos; el intercambio, visto así, es un proceso sociopolítico en el cual se negocian relaciones personales o grupales (Thomas, 1991, 7). Por ejemplo, cuestiones como el parentesco o las celebraciones son tanto o más determinantes que la distancia o el transporte para llevar a cabo relaciones de intercambio (González Ruibal, 2003, 86). El cambio de perspectiva que abrió Mauss para analizar el intercambio implicaba que el examen de los objetos debía hacerse en sus contextos. Como ya se sabe, para Mauss la economía antigua es inseparable de los *«faits sociaux totaux»*, definidos como el conjunto de criterios que llevan a actuar en un determinado momento y que están supeditados a cuestiones económicas, políticas, ideológicas, psicológicas y jurídicas. Pero la investigación antropológica posterior ha demostrado que el intercambio de dones maussiano es un estereotipo y que las relaciones de intercambios son diversas y no asociadas a la disyuntiva colonizador/colonizado (cf. una amplia discusión en Thomas, 1991, 14 y ss.). De ahí se sigue que los objetos no tienen características intrínsecas ni un valor determinado e inmutable sino que dependen, fundamentalmente, de lo que significan para las comunidades que intercambian y del valor que se les otorga en cada caso.

Ante ello es más conveniente delimitar las diferencias en la estructura social desde otros criterios como los de dominantes y dominados –en parámetros de un marxismo más flexible como el de Gramsci–, sin categorizarlos principalmente como fenicios o indígenas ni como colonizadores o colonizados. Como han señalado algunos investigadores, el análisis económico del intercambio evidencia que hubo grupos autóctonos que utilizaron en su beneficio la presencia fenicia, por lo que el intercambio confrontó diferentes escalas de valores, todas ellas subjetivas. Desde este punto de vista el intercambio desigual sencillamente no tiene razón de ser (Gómez Bellard, 2000b, 112; Arruda, 2000, 67). En este sentido, Appadurai ya vinculó el intercambio y el valor a través de las relaciones de poder porque *«not all parties share the same interests in any specific regime of value, nor are the interests of any two parties in a given exchange identical»* (1986, 57) de modo que no todas las comunidades indígenas serían necesariamente explotadas.

De hecho, la distinción de zonas donde las importaciones son cualitativamente diferentes, es decir, que están seleccionadas, habla a favor de estas perspectivas para el análisis. Para ello remito, de nuevo, a la idea de que

35. Se trata de una media ponderada tomando las cuantificaciones de diversos asentamientos porque algunos, como Aldovesta, superan el 50 % y en cambio otros, como Barranc de Gàfols, no alcanzan el 10 %.

los valores de las comunidades son diferentes (McBryde, 2000) –incluso entre los fenicios o indígenas–, lo que, en definitiva, implica la diferencia de facies. La idea subyacente, y que guiará parte de la exposición en el capítulo siguiente, es la objetivación cultural de los objetos que, en términos de Miller, expresa el potencial de apropiación activa por parte de cualquier grupo o individuo. En cualquier relación social los intercambios no sólo son procesos políticos sino que también están constituidos históricamente (Thomas, 1991 y 1994). En estas relaciones la demanda, entendida como «*an aspect of the overall political economy of societies*», se aleja de la idea de deseo o necesidad (Appadurai, 1986, 29) y tiene una relación de interdependencia con el consumo y la producción; por lo tanto, es social, relacional y activa. Así, está determinada por fuerzas sociales y económicas pero, al mismo tiempo, puede manipular tales fuerzas.

Estas líneas suponen la culminación de la segunda parte dedicada, recuerdo, a la esfera descriptiva de los encuentros entre fenicios e indígenas en la costa oriental peninsular entre los ss. VIII y VI. Finalizar con un hecho bien constatado como son los contactos a través de los intercambios entre los ss. VIII y VI ha introducido en el discurso al grupo social como protagonista de esas actividades. Estudiar el grupo social, sus *habitus*, desde una teoría de la práctica en un contexto colonial y de negociación social, ofrece un marco útil para entender los intercambios como procesos políticos, como señala Thomas en la nota introductoria de este capítulo. A continuación, en la parte tercera, se aborda la explicación tanto de las configuraciones como de los procesos que tuvieron lugar en la situación colonial entre el Ebro y el Segura durante los ss. VIII-VI.